

**DISCIPULOS Y MISIONEROS DE JESUCRISTO PARA QUE NUESTROS PUEBLOS EN ÉL
TENGAN VIDA**

Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida

CLAVE DE LECTURA PARA LA VIDA CONSAGRADA

Padre Josu Mirena Alday , C.M.F
Director del Instituto de Vida Consagrada de Roma

RESUMEN:

Se recuerdan las anteriores cuatro conferencias episcopales (Río de Janeiro, Medellín, Puebla y Santo Domingo), para explicar la importancia y el interés que tiene esta V Conferencia para nuestro continente. Se señalan, además, los aportes que todas las conferencias episcopales han hecho a la vida consagrada, en particular lo que se alcanzó a decir en el contexto de la V Conferencia. Se resalta el particular sentido que tiene la palabra “vida” -“para que todos los pueblos tengan vida en Él”-, destacando todo su valor y significación.

Palabras clave: Conferencias Episcopales Latinoamericanas, V Conferencia, Aparecida, vida, vida consagrada.

EN SINTONIA CON LA V CONFERENCIA DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO

1. EL ITER DE LAS CONFERENCIAS DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO

El tema de esta VI Semana de Vida Religiosa, se encuadra en el proceso eclesial vivido en los pueblos de América Latina y el Caribe en este periodo de tiempo que

va del año 1955 hasta hoy. Han sido las Conferencias celebradas en Río de Janeiro (1955), aquí en Medellín (1968), Puebla (1979), Santo Domingo (1992) y esta última Bien Aparecida-Brasil (2007), las que han ido tomando el pulso y dando impulso al vivir de nuestros pueblos¹.

Una Conferencia General es una Asamblea del Episcopado de Latinoamérica y el Caribe convocada por el Papa para *reflexionar* sobre la realidad del Continente y sus cuestiones comunes, *discernir* en ella el querer de Dios y *ayudarse* mutuamente con orientaciones comunes y apoyos solidarios. Es un momento de *cenáculo* (Hechos 1, 12-14; 2,1-4).

La I Conferencia fue convocada por el Papa Pío XII y celebrada en la ciudad de Río de Janeiro los días 25 de julio al 4 de agosto de 1955. Su objetivo fue estudiar en forma concreta y con soluciones prácticas los puntos más fundamentales y urgentes del problema religioso de América Latina desde el doble aspecto de la defensa y de la conquista apostólica. Se siguió esta metodología: los episcopados nacionales enviaron informes detallados de la realidad de los pueblos y de la Iglesia de cada lugar; los informes fueron leídos y discutidos en la reunión, pero no se pensaba que estos materiales formasen un documento. Al final, sirvieron de base para las conclusiones que fueron publicadas por la Santa Sede como texto pro manuscrito.

La II Conferencia se celebró precisamente aquí en Medellín, en el año de 1968. Se aprovechó la circunstancia de la celebración del Congreso Eucarístico en Colombia donde se anunció la presencia del Papa Pablo VI. Se trataba de aplicar el Concilio Ecuménico Vaticano II a la realidad Latinoamericana, cuyo tema fue: “La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio”. El CELAM, ya como una estructura más organizada, preparó documentos con sus equipos de expertos; algunos obispos presentaron ponencias, los documentos fueron discutidos y debatidos en las sesiones y el fruto de las discusiones se plasmó en el documento de Conclusiones.

¹ Cfr. G. AGUILAR, ofmconv., *Reflexiones cristológicas desde las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano. Para un perfil de la vida consagrada en América Latina*, tesi di Licenza, Claretianum-Roma 2007.

La III Conferencia fue convocada originalmente por el Papa Pablo VI, luego confirmada por Juan Pablo II. Se celebró en la ciudad de Puebla -México en el año 1979. Como horizonte de trabajo se tuvo la “Evangelii Nuntiandi” y los desafíos que planteaba el discurso y las prácticas de la “liberación”. El tema central fue: “El Presente y el Futuro de la Evangelización en América Latina”. Se organizó una vasta consulta que significó un año de intensa movilización; se gestaron sucesivas síntesis que originaron, primero un Documento de Consulta y luego un Documento de Trabajo; durante la Conferencia se organizaron comisiones de trabajo que elaboraron las distintas partes del documento, siguiendo un esquema preestablecido. Se tomó muy en cuenta el discurso inaugural y las homilias del Papa Juan Pablo II. Finalmente, después de la Conferencia se desarrolló un intenso trabajo de difusión de las Conclusiones.

La IV Conferencia fue convocada por el Papa Juan Pablo II y celebrada en Santo Domingo, en el año de 1992. El contexto histórico era la celebración de los 500 años del inicio de la evangelización, y el tema fue: “Nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana. Jesucristo ayer, hoy y siempre”. Se desarrolló una amplia etapa de consultas. Varias Conferencias Episcopales realizaron una activa preparación con amplia participación, con aportes muy significativos. Se prepararon también un Documento de Consulta y otro de Trabajo. En la reunión se presentaron ponencias por parte de expertos nombrados por el Vaticano. Después de un debate se estableció elaborar un documento de Conclusiones, pero a diferencia de Puebla, no hubo una campaña de difusión de las conclusiones.

2. LA V CONFERENCIA

La V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en continuidad con las Conferencias Generales anteriores, es un acontecimiento eclesial de fraterna colegialidad episcopal, cuya preocupación fundamental es la evangelización del Continente. Para dar un nuevo impulso pastoral a la vida y a la misión de nuestras Iglesias, S.S. Benedicto XVI tuvo a bien convocar una nueva Conferencia General en Aparecida, Brasil, y entregarles el tema: “Discípulos y misioneros de Jesucristo,

para que nuestros pueblos en Él tengan vida, 'Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida' (Jn 14, 6)". Luego el CELAM, conforme a sus Estatutos (Art. 4, 7), asumió el encargo de preparar este extraordinario evento episcopal.

¿Cómo es que se ha llegado a esta V Conferencia General en este año 2007? Fue en mayo del 2001 en Caracas cuando la XXVIII Asamblea General Ordinaria del CELAM acordó pedir al Papa convocar la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y el Caribe, en el 50 Aniversario del CELAM. El Papa Juan Pablo II se expresó diciendo: "Mantenete la vostra forma", al mismo tiempo que reconocía y valoraba las Conferencias Generales, confiaba en la fecundidad para el futuro. Desde entonces el CELAM comenzó a animar y coordinar en comunión con la Santa Sede la participación de las Conferencias Episcopales.

En mayo del 2003, reunidos en Tuparendá (Paraguay) se encargó de preparar el Plan Global, y en febrero del 2004, en Puebla, con motivo de los 25 años de la III Conferencia General los Presidentes de las Conferencias Episcopales recogieron diversas sugerencias, entre ellas la elección del tema que, por unanimidad, sería "Discípulos de Jesucristo en la Iglesia Católica, para la nueva Evangelización de América Latina y el Caribe al inicio del Tercer Milenio". Se individuaron los desafíos del actual momento histórico, los núcleos temáticos y la respuesta pastoral a dar en la hora actual de la Iglesia. En julio de ese mismo año 2004 se tuvo una segunda reflexión con base en el documento anterior: "Hacia una V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y el Caribe". En los meses de septiembre y octubre se tuvieron varias reuniones regionales con presidentes, secretarios generales, delegados del CELAM y otros Departamentos para acordar los núcleos temáticos, el tema central, nuevos elementos y sugerencias para la metodología a seguir en la preparación de la V Conferencia.

En mayo de 2005 la Asamblea General del CELAM se reunía en Lima (Perú) en cuyo Orden del día se proponía la reelaboración de los Aportes de las Conferencias Episcopales, la formulación del documento de Participantes y Consulta, pasarlo a las CCEE, trabajarlo en las diócesis, con el Pueblo de Dios y recoger en un documento la Síntesis que sirviera de base para la preparación inmediata de la V

Conferencia General. Se ofrecieron sugerencias como las de animar a participar, reflexionar y hacer aportaciones en las CCEE y las diócesis; llevar a cabo congresos y seminarios; profundizar y enriquecer la reflexión de los núcleos temáticos desde la perspectiva teológica, pastoral, bíblica, antropológica y cultural.

Así pues, el primer momento de su preparación consistió en recoger valiosas aportaciones de las Conferencias Episcopales y de diversas reuniones en el ámbito del CELAM sobre el tema del discipulado y la misión, sobre los núcleos temáticos que de allí se desprenden y los resultados del análisis y discernimiento del actual momento histórico. Con ese material se elaboró el documento de Participación y las Fichas de trabajo, para ofrecerlos como instrumentos que motivaron luego una amplia y activa participación del Pueblo de Dios con la reflexión sobre el tema entregado por el Santo Padre.

El documento y las fichas se enviaron a las Conferencias Episcopales para que éstas los distribuyeran a las Iglesias particulares, organismos episcopales e instituciones católicas. Asimismo, se envió ese material a organismos de nivel continental con alguna vinculación a la Iglesia católica. A todos ellos se animó a participar y a elaborar aportes al tema. Al mismo tiempo, se realizaron varios seminarios con participación de expertos, y congresos en los que intervinieron miembros de diferentes países de América Latina y del Caribe. Sus resultados ya han sido publicados en su mayor parte y otros están en vía de publicación.

Todos estos encuentros tuvieron como objetivo profundizar el tema del discipulado y la misión desde diversas perspectivas: bíblica, teológica y pastoral; y discernir el profundo cambio cultural que vivimos, a fin de buscar juntos caminos más adecuados para vivir con fidelidad creativa el mensaje del Evangelio y transmitirlo con nuevo ardor misionero.

Durante este período se exhortó a todas las comunidades cristianas de la región y, de un modo muy especial, a todos los monasterios de vida contemplativa, a vivir en clima de fe y oración la preparación de la V Conferencia. En particular, se recomendó que todos los grupos de trabajo iniciaran y finalizaran su tarea con la

oración que nos entregó S.S. Benedicto XVI para la V Conferencia General. La oración, la reflexión y la elaboración de aportaciones significó en muchas comunidades un fuerte apoyo y animación para un renovado impulso en el compromiso de vida cristiana y acción misionera.

En el segundo momento de preparación de la V Conferencia se han recogido las contribuciones que llegaron al CELAM, como resultado de un año de intensa labor en el Continente. Se recibieron los aportes de 21 Conferencias Episcopales de la región, de los Departamentos del CELAM, de algunos Dicasterios romanos, de organismos y eventos continentales y otras aportaciones varias. En total, llegaron más de 2.400 páginas con valiosas aportaciones, que enriquecieron la reflexión afrontando algunos grandes temas que no aparecían suficientemente tratados en el documento de Participación. La Asamblea de Aparecida, movida por el soplo del Espíritu, podría insistir en otros temas que tal vez no estuvieron presentes con la debida importancia en la presente síntesis.

Los aportes recibidos fueron clasificados temáticamente por el equipo del CELAM. A continuación fueron estudiados por una comisión especial de obispos, teólogos y teólogas, biblistas y pastoralistas, nombrados por la Presidencia del CELAM. Una vez estudiados, fueron la base para redactar el presente documento.

El objetivo de este trabajo era ofrecer una síntesis cualitativa de los aportes recibidos, como resultado de la participación de innumerables comunidades y diócesis, que reflexionaron sobre el tema del discipulado y la misión ante el desafío de la evangelización en el tiempo presente. Es claro que en tal síntesis no se pretendía recoger materialmente todas y cada una de las propuestas que llegaron del Continente, sino expresar algunas de ellas con fidelidad al espíritu en sus aspectos más significativos. En ello reside su valor y en tal sentido se ofreció al participante de la V Conferencia, a fin de que sirviera como instrumento cualificado de inspiración y consulta durante las deliberaciones de Aparecida. A esta síntesis se sumaron diversos subsidios que se publicaron en vista de la preparación de la V Conferencia y fueron enviados a todos los que participaron en esta Asamblea. Sin embargo, la síntesis de estas contribuciones no debe confundirse con el esbozo del

documento final de Aparecida. Redactarlo será obra de quienes participen en la Conferencia General con la apertura propia del discípulo al soplo del Espíritu.

Aunque el principal destinatario de este texto es el participante de la V Conferencia, también se ofreció a las Conferencias Episcopales de América Latina y del Caribe, porque precisamente sus aportaciones fueron la base para elaborar esta síntesis. Su lectura puede ser muy útil para ver cuáles fueron los grandes temas que hoy retan a una nueva evangelización del Continente, y percibir anhelos e inquietudes de pastores y fieles que desean vivir en el tiempo presente con nuevo entusiasmo su vocación de discípulos para la misión.

La iluminación vendría del magisterio reciente de la Iglesia. Entre otros: *Ecclesia in América* (1999) – Sínodo 1997 y *Novo Millenio ineunte* (2001). El tema central sería: *Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida. “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”* (Jn 14,6).

3. EL DOCUMENTO DE PARTICIPACIÓN

El documento de Participación, como su nombre lo indica, exponía el temario de la V Conferencia General y buscaba suscitar la participación más amplia posible en esta etapa de preparación de esa hora de gracia y de conducción pastoral. Se centraba en la vocación de los discípulos y misioneros de Cristo, llamados por Él al inicio del tercer milenio, para que nuestros pueblos puedan saciar su sed de vida en Cristo.

El capítulo I, *“El anhelo de felicidad, de verdad, de fraternidad y de paz”*, se remonta a los anhelos más profundos de nuestra existencia como seres humanos y como bautizados. Ante el surgimiento de una nueva época, en medio de grandes desconciertos y vacilaciones, de nuevas expectativas y rechazos, convenía que nos remontásemos a los anhelos más hondos de nuestra existencia, sobre todo a los anhelos de verdad y de felicidad y que los iluminásemos con la revelación tanto de la Antigua como de la Nueva Alianza.

El capítulo II, *“Desde la llegada del Evangelio a América Latina y el Caribe vivimos nuestra fe con gratitud”*, nos propone que tomemos conciencia de haber sido muy bendecidos, sin merecimientos de nuestra parte, a través de la Buena Noticia que llegó, no sin dolor, como un mensaje de esperanza a nuestras tierras, y de los vivificantes impulsos del Espíritu Santo en esta hora de Nueva Evangelización.

El documento, a partir de esta conciencia, en el capítulo III, *Discípulos y misioneros de Jesucristo*”, nos invita a ir al encuentro de Jesucristo y a permanecer en Él como discípulos y misioneros suyos que viven en la comunión de la Iglesia, proponiéndonos que profundicemos el contenido bíblico y teológico de nuestra condición de discípulos y misioneros, como también que recorramos los caminos para convertirnos realmente en discípulos y misioneros de Jesucristo, y para que muchos lo encuentren y le sigan.

Abrir nuestros ojos a la realidad del mundo y de la Iglesia al inicio del tercer milenio es encontrarse con grandes desafíos. Tal es el contenido del capítulo IV, *“Al inicio del tercer milenio vivimos en medio de los dolores de parto de una nueva época”*. La voz del tiempo es voz de Dios. Él nos habla a través de los acontecimientos y de las situaciones por las cuales atravesamos en nuestro peregrinar. Muchas de ellas son situaciones muy dolorosas, por ejemplo, la persistencia de la pobreza; otras muestran dudas y emancipaciones, mientras otras hablan con gratitud de la siembra de vida nueva, de dones y carismas que el Espíritu Santo sigue haciendo en nuestra Iglesia en América Latina y el Caribe.

El último capítulo, *“Para que nuestros pueblos en Él tengan vida”*, se refiere a la urgencia del encargo de Jesucristo. Con Él el Padre nos envió a hacer discípulos a todas las gentes. Nuestra misión nos pide evangelizar la cultura de nuestros pueblos, llegando hasta sus mismas raíces (EN 18 y 20). Es una tarea que abarca tanto a la Iglesia como a la sociedad. Queremos que la cultura sea un espacio que acoge la vida en Cristo, de modo que todos sean en Él hijos del mismo Padre y vivan como familiares de Dios, llamados a la santidad, y a la alegría y la fecundidad de la Buena Noticia. Queremos que también los pobres y marginados puedan vivir conforme a su dignidad de hijos de Dios, y que todos trabajemos con pasión por la

“cultura de la vida”, sobre todo de la vida de sus miembros más afligidos, siendo con todos ellos en Jesucristo constructores de su Reino.

El texto de este capítulo es una breve introducción al tema “Para que nuestros pueblos en Él tengan vida”. Se distingue precisamente porque se trata de la vida “en Él”, que de Cristo resucitado toma su fuerza, su inspiración y su estilo inconfundible; porque tiene su origen en Él, se realiza con Él y llega en Él a su plenitud. Nos pide que reflexionemos sobre la vida nueva en Cristo, y que realicemos la misión de la Iglesia en este tiempo de gracia. Perseguimos una acción en favor de la vida de nuestros pueblos en Él. Sabiendo que Jesucristo es el Camino, la Verdad y la Vida, ustedes podrán proponer de qué manera respondemos a los desafíos del inicio del tercer milenio con la coherencia y la valentía propias de discípulos y misioneros del Señor.

4. REFERENCIAS A LA VIDA CONSAGRADA

En la I Conferencia del Episcopado Latinoamericano (1955), el capítulo III del Documento base estuvo dedicado a los “Religiosos y las Religiosas”. Los números 34 y 35 decían así:

“La Conferencia General del Episcopado Latinoamericano: Aprovecha esta solemne ocasión para ofrecer un tributo de agradecimiento: a) a todos los religiosos que dedicaron íntegra su vida -y muchos en grado heroico- a conquistar para la fe de Cristo las tierras de América Latina, entre los que recuerda con particular veneración, a San Francisco Solano, San Pedro Claver, San Luis Bertrán y al Venerable José de Anchieta; b) a todas las Órdenes y Congregaciones religiosas, Sociedades de vida en común e Institutos Seculares, de hombres y de mujeres, que, sea con el ministerio sacerdotal, sea con la oración, el sacrificio, la catequesis, la enseñanza, las obras de asistencia y otras formas de apostolado, trabajan tan eficazmente colaborando en la conservación e incremento de la vida cristiana en el Continente Americano (34). Espera que, para mayor eficacia apostólica, se haga más efectiva de día en día la cooperación fraternal de los religiosos y religiosas con el clero secular (35).

A tono con el planteamiento general de la II Conferencia, celebrada precisamente en Medellín (1968), la misión del religioso y de la religiosa se describía con mucha profundidad en estas palabras:

“En estos momentos de revisión muchos se preguntan cuál es el puesto que ocupa el religioso en la Iglesia y en qué consiste su vocación especial dentro del Pueblo de Dios. A lo largo de la historia de la Iglesia, la vida religiosa ha tenido siempre, y ahora con mayor razón, una misión profética: la de ser testimonio escatológico. Todo cristiano -sea religioso o laico- ha de buscar el Reino de Dios identificándose, por amor, con Cristo en el misterio de su Encarnación, Muerte y Resurrección, que culmina en la escatología. Pero lo propio del religioso, lo más característico, es entregar toda su vida al servicio de Dios, viviendo así la caridad, mediante «una peculiar consagración que se funda íntimamente en la del bautismo y la expresa con mayor plenitud». Esta consagración peculiar es un compromiso a vivir con mayor intensidad el aspecto escatológico del cristianismo para ser dentro de la Iglesia, de un modo especial «testigo de la Ciudad de Dios».

Es decir, por una parte, el religioso ha de encarnarse en el mundo real y hoy con mayor audacia que en otros tiempos: no puede considerarse ajeno a los problemas sociales, al sentido democrático, a la mentalidad pluralista, de los hombres que viven a su alrededor. Y así, las circunstancias concretas de América Latina (naciones en vía de desarrollo, escasez de sacerdotes) exigen de los religiosos una especial disponibilidad, según el propio carisma, para insertarse en las líneas de una pastoral efectiva.

Por otra parte, en medio de un mundo peligrosamente tentado de instalarse en lo temporal, con un consiguiente enfriamiento de la fe y de la caridad, el religioso ha de ser signo de que el Pueblo de Dios no tiene una ciudadanía permanente en este mundo, sino que busca la futura. El estado religioso, «que deja más libres a sus seguidores frente a los cuidados terrenos, manifiesta mejor a todos los creyentes los bienes celestiales -presentes ya en esta vida- y sobre todo da un testimonio de la vida nueva y eterna conseguida por la Redención de Cristo y preanuncia la Resurrección futura, y la gloria del Reino Celestial». O según se expresa en otro lugar «los religiosos, por su estado, dan preclaro y eximio testimonio de que el mundo no puede ser transfigurado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las Bienaventuranzas».

Si es verdad que el religioso se coloca a cierta distancia de las realidades del mundo presente, no lo hace por desprecio al mundo, sino con el propósito de recordar su carácter transitorio y relativo” (12, I).

Y a continuación se decía:

“Los cambios provocados en el mundo latinoamericano por el proceso del desarrollo y, por otra parte, los planes de pastoral de conjunto, a través de los cuales la Iglesia de América Latina quiere encarnarse en nuestras concretas realidades de hoy, exigen una revisión seria y metódica de la vida religiosa y

de la estructura de la comunidad. Ésta es una condición indispensable para que los religiosos sean un signo inteligible y eficaz dentro del mundo actual.

A veces se interpreta equivocadamente la separación entre la vida religiosa y el mundo: hay comunidades que mantienen o crean barreras artificiales, olvidando que la vida comunitaria debe abrirse hacia el ambiente humano que la rodea para irradiar la caridad y abarcar todos los valores humanos.

Los cambios provocados en el mundo latinoamericano por el proceso del desarrollo y, por otra parte, los planes de pastoral de conjunto, a través de los cuales la Iglesia de América Latina quiere encarnarse en nuestras concretas realidades de hoy, exigen una revisión seria y metódica de la vida religiosa y de la estructura de la comunidad. Ésta es una condición indispensable para que los religiosos sean un signo inteligible y eficaz dentro del mundo actual". (12, II).

En la III Conferencia (Puebla 1979), el Papa Juan Pablo II, en su discurso inaugural pronunciado en el seminario Palafoxiano, decía:

"Sé bien cómo ha sido y sigue siendo importante la contribución de los mismos [religiosos y religiosas] a la evangelización en América Latina. Aquí llegaron en los albores del descubrimiento y de los primeros pasos de casi todos los países. Aquí trabajaron continuamente al lado del clero diocesano. En diversos países más de la mitad, en otros la gran mayoría del presbiterio, está formado por religiosos. Bastaría esto para comprender cuánto importa, aquí más que en otras partes del mundo, que los religiosos no sólo acepten, sino que busquen lealmente una indisoluble unidad de miras y de acción con los obispos".

El documento de la Conferencia, por su parte, dedicaba un amplio espacio a la vida consagrada, concretamente en el capítulo II, "Agentes de comunión y participación". Después de presentar a la jerarquía, se señalaban las tendencias de la vida consagrada en América Latina, los criterios iluminativos y algunas opciones hacia una presencia más evangelizadora. Ciertamente cada Conferencia fue indicando aspectos importantes de una vida de seguimiento como la de los consagrados y consagradas en sintonía con el correr del tiempo. Lo que se dice en Puebla no tiene desperdicio y más de una vez habría que ir a beber de esta fuente porque mana un agua limpia, purificadora y fecunda.

En la IV Conferencia las referencias a la vida consagrada fueron mínimas. No así en esta V Conferencia. La referencia explícita a la vida consagrada se encuentra en el

capítulo III del documento de Participación: *“Discípulos y misioneros de Jesucristo”*, dentro del apartado c) *Discípulos en comunión eclesial*.

“Los laicos, los miembros de los institutos de vida consagrada, los diáconos, los presbíteros, y los obispos, todos participan plenamente y a su modo del llamado y de la misión de Jesucristo. La tarea de construir la comunión eclesial, para que la Iglesia crezca como “casa y escuela de comunión”, se realiza de un modo orgánico a través de diversos ministerios, carismas y servicios. Todos estos ministerios y “todos los carismas, aún los que parecen más sencillos, están ordenados a la edificación de la Iglesia, al bien de los hombres y a las necesidades del mundo”. Edificar la Iglesia ocurre con la colaboración de todos y necesita de una adecuada animación, coordinación y conducción pastoral, sobre todo de los sucesores de los apóstoles” (n. 72).

Después de presentar los carismas del laicado y del presbiterado, refiriéndose a la vida consagrada, escribe:

“En el camino del discipulado la vida consagrada tiene una misión insustituible. Es un “camino de especial seguimiento de Cristo, para dedicarse a Él con corazón indiviso” y, dejándolo todo por Él, “estar con Él y ponerse, como Él, al servicio de Dios y de los hombres”. En la historia, cuando sus comunidades han estado colmadas de los dones de Dios, sus miembros les han abierto camino a incontables discípulos y misioneros de Jesucristo. Recordando el pasado, es grande la deuda de gratitud hacia ellos de Latinoamérica y el Caribe: por la espiritualidad, el amor a los más necesitados y el celo misionero con que han enriquecido a nuestros pueblos². Pensando en el futuro podemos decir que la fecundidad de las orientaciones pastorales de la próxima V Conferencia General depende en buena medida del seguimiento de Jesús como discípulos y misioneros suyos de los consagrados, lo que incluye el don gratuito de sí, su libertad para las cosas de Dios, su espíritu de oración, de contemplación y de comunión, su amor preferente a los pobres y afligidos. Sus miembros, con la diversidad de los carismas de sus institutos religiosos, han recibido una especial vocación a la comunión, a la santidad y a la misión en toda la Iglesia. Es fácil constatar el esfuerzo que realizan muchos obispos, religiosas y religiosos en las Iglesias particulares, procurando una mayor comunión y colaboración cordial y efectiva. Sin embargo, todavía estamos lejos de ser un reflejo verdadero de la unidad que ha querido el Señor entre sus discípulos³. Por lo tanto, urge la tarea de construir la Iglesia como casa y escuela de comunión, para ser testimonios auténticos de la nueva evangelización y vigoroso fermento del Evangelio en el mundo. Sigue siendo de gran inspiración el itinerario que trazó el Papa Juan Pablo II en su carta a los religiosos de América Latina: a) seguir en la vanguardia misma de la predicación, dando siempre testimonio

² Documento de Santo Domingo, n. 91.

³ Documento de Santo Domingo, n. 68.

del Evangelio de la salvación; b) evangelizar a partir de una profunda experiencia de Dios; c) mantener vivos los carismas de los fundadores; d) evangelizar en estrecha colaboración con los obispos, sacerdotes y laicos, dando ejemplo de renovada comunión; e) estar en la vanguardia de la evangelización de las culturas; f) responder a la necesidad de evangelizar más allá de nuestras fronteras⁴ (n. 75).

Terminando con estas preguntas:

1. ¿Crece mi comunidad como casa y escuela de comunión y misión?
2. Mi comunidad, ¿acoge, se enriquece y fomenta la colaboración entre los carismas y ministerios?
3. ¿Cuáles son los principales obstáculos que impiden que la comunidad realmente viva como comunión de discípulos y misioneros?

Y en la Síntesis de los Aportes del CELAM, refiriéndose a las comunidades de vida consagrada, se decía:

238. “En el camino del discipulado misionero, la vida consagrada tiene un valor y una misión insustituible. Es un camino de especial seguimiento de Cristo, para dedicarse a Él con un corazón indiviso, y ponerse, como Él, al servicio de Dios y de la humanidad, asumiendo la forma de vida que Cristo escogió para venir a este mundo: una vida virgen, pobre y obediente (VC 14, 16 y 18).

239. Para los demás miembros del Pueblo de Dios, ella está llamada a ser signo de los bienes futuros prometidos por Dios, y para los hombres y mujeres de nuestro tiempo, profecía de una humanidad reconciliada, llamada a construir comunión y vida compartida a partir de orígenes y dones distintos.

240. En América Latina, como en todas partes, la vida consagrada no tiene solamente “una historia gloriosa para recordar y contar; tiene una gran historia que construir” (VC 110). Su vida “es un don de Dios Padre a su Iglesia por medio del Espíritu” (VC 1), puesto “como elemento decisivo para su misión [...] y don precioso y necesario para el presente y el futuro del Pueblo de Dios, porque pertenece íntimamente a su vida, a su santidad y su misión” (VC 3).

241. En nuestros días, las comunidades de vida consagrada, junto con toda la Iglesia, se han percibido profundamente afectadas por los diversos cambios de la sociedad y de la cultura. A veces hablan de desencanto, de crisis y de desconcierto. Al mismo tiempo, la reducción en el número de sus

⁴ Cf. Juan Pablo II, *Los Caminos del Evangelio*, 29 de junio de 1990 nn. 24-28; Documento de Santo Domingo, n. 91.

miembros hace que algunas formas de vida consagrada se pregunten por su futuro. Sin embargo, por otra parte se perciben signos de vitalidad que indican el camino por el cual la está conduciendo el Espíritu: riqueza de los carismas fundacionales puestos al servicio del Reino en la Iglesia; opción por vivir pobremente, entregando lo mejor de sí en provecho de los más afligidos, pobres y desesperanzados, renovada pasión por Cristo y por la humanidad (mística y profecía), y centralidad del Evangelio y de la Eucaristía como criterio y punto central de referencia para una valiente renovación de las personas y de las estructuras”.

5. DISCÍPULOS Y MISIONEROS DE JESUCRISTO

Que los consagrados estemos llamados a ser discípulos y misioneros de Jesucristo, es algo tan obvio que no son necesarias muchas explicaciones. Si algo somos en la Iglesia y en el mundo es precisamente eso: discípulos y misioneros de Jesucristo. Eternos discípulos del único Maestro. Y cada año hemos de renovar la matrícula en esta escuela del discipulado, sin la pretensión de llegar un día a ser llamados maestros. De modo que cuanto más discípulos seamos, más apóstoles seremos. Claro que tendremos que salir, y salir hacia las periferias. Nuestro mundo está poblado de periferias [...]. Pero sabiendo que tenemos un centro. Movimientos centrífugos y movimientos centrípetos son los que hacen mover la experiencia cristiana.

La historia de la Iglesia en este continente es todo un ejemplo. Lo mismo que la historia de la vida consagrada. No es el momento, ni soy el más indicado, para describirla en una exposición cronológicamente detallada. Por lo que se refiere a la presencia femenina, al finalizar el dominio español existían 153 conventos de monjas y varias decenas de beaterios. Pertenecían a 16 congregaciones y estaban dispersos por el territorio de 13 países. México con 62 monasterios y Perú con 25 daban cobijo a más de la mitad. A continuación venían Colombia con 15; Bolivia, Ecuador y Chile con 9, etc. Todas de votos solemnes y en clausura, pero “no por eso dejaron de jugar un papel decisivo en el afianzamiento y desarrollo del cristianismo en tierras americanas. Dejando aparte el valor testimonial e impetratorio de sus vidas, contribuyeron a la protección de esposas y viudas desamparadas, a la recuperación de jóvenes descarriadas y a la educación de la juventud femenina, con su incalculable repercusión en la religiosidad de la familia y en la moralización de la

sociedad”⁵. Fueron los misioneros y las misioneras, discípulos de Jesús, quienes con su presencia evangelizadora, echaron la semilla del Evangelio que hoy sigue vivo en unos pueblos necesitados de vida. Vida hay. Pero está amenazada.

Somos discípulos y misioneros de Jesucristo cuando nuestro testimonio y nuestra misión evangelizadora se realiza verdaderamente por Él, con Él y en Él, que es nuestro Camino, nuestra Verdad y nuestra Vida. “La palabra discípulo -dijo el Papa Benedicto XVI en la audiencia general del 23 de mayo- recuerda la dimensión de la formación, y el siguiente término misionero expresa el fruto del discipulado, es decir el testimonio y la comunicación de la experiencia vivida, de la verdad y del amor conocidos y asimilados. [...]. Renovar con alegría la voluntad de ser discípulos de Jesús [...] es la condición fundamental para ser misioneros “recomenzando desde Cristo”, según el lema del Papa Juan Pablo II a toda la Iglesia después del Jubileo del 2000”.

Ya se han escuchado algunas voces referidas a la vida consagrada ante la celebración de esta V Conferencia que vienen a recoger el sentir de tantas comunidades religiosas. Transcribo sólo algunas.

“Siempre en búsqueda, la vida religiosa latinoamericana y caribeña espera de Aparecida, un relanzamiento de las grandes intuiciones de Medellín, Puebla y Santo Domingo, en el contexto de los acuciantes desafíos que los nuevos fenómenos de globalización neoliberal, con su consecuente aumento escandaloso de la pobreza y la exclusión, señalan como urgente necesidad de escucha de un clamor que llega al cielo, reclamando de la tierra una respuesta de justicia, misericordia y solidaridad.

La vida religiosa latinoamericana y caribeña espera ser fortalecida en su renovada opción por los pobres, en su acogida a los sujetos emergentes, la

⁵ A. Martínez Cuesta, “Las monjas en la América Colonial, 1530-1824”, en *Mayéutica* 22 (1996) 287-338; “Las beatas y beaterios en la América Colonial, 1492-1824”, en *Mayéutica* 23 (1997) 141-156; Las monjas en Hispanoamérica durante el siglo XIX, en “Claretianum”, Roma 2000, pp. 105-122; P. Foz y Foz, *Mujer y educación en Colombia. Siglos XVI-XIX. Aportaciones del Colegio de la Enseñanza*, Santa fe de Bogotá 1997.

mujer, la juventud, los indígenas y afro-descendientes, los drogadictos y pandilleros, los niños y niñas de la calle, los desplazados y desplazadas por la violencia. Tantos y tantas que yacen a la vera de todos los caminos, tugurios, favelas, pueblos jóvenes, calles y puentes de las grandes ciudades o rincones de miseria en los campos invadidos por multinacionales que depredan el ecosistema y desplazan a los dueños originales de la tierra.

También espera ser estimulada en lo que es, por su dinámica carismática y profética, y no tanto por su hacer o la fuerza y vigor de algunas de sus instituciones. Poder pronunciar su voz en tónica de comunión eclesial y de mutuo reconocimiento de la diversidad carismática y ministerial de la Santa Iglesia de Jesucristo. En su búsqueda de una espiritualidad intensa, seria y situada, fundada en la Escritura Santa y alimentada por la tradición de santidad místico-profética de la experiencia eclesial en la historia”⁶.

La Hna. María Carmelita de Freitas, fi., con el título “Un peregrinaje en la fe: la vida religiosa en América Latina desde Medellín a Aparecida”, escribía en la revista *Alternativas* 32 (2006) 187-202, entre otras cosas, lo siguiente:

“Una cuestión parece decisiva para la Iglesia y la vida religiosa en el actual contexto y mirando al futuro: la de la fidelidad creativa de la Iglesia de América Latina a su tradición reciente de *Iglesia de los pobres* al servicio del Reino, y la opción que la cualifica como Iglesia latinoamericana: la *opción por los pobres* [...]. Reafirmar audazmente su tradición de Iglesia de los pobres y su opción por los pobres es hoy para la Iglesia de América Latina más que una opción profética. Es cuestión de fidelidad al Evangelio y a su misma identidad. Y es, por eso mismo, condición imprescindible para mirar con renovada confianza al futuro. Pero esto requiere de la Iglesia la humildad de creer en la fuerza de la debilidad, el coraje de despojarse de toda pretensión de poder y de protagonismo, para ponerse decididamente de parte de los predilectos del Padre -los pequeños y excluidos- y caminar sencillamente con

⁶ Ignacio Madera Vargas, sds, Presidente de la CLAR, en *Vida Nueva*, 17.03.2007, p. 38.

ellos en servicio al mundo. Obviamente este reto lo es también para la vida religiosa en su condición de seguidora de Jesús, de vocación eclesial”.

Entre las intervenciones generales hay que destacar el discurso de los Superiores Generales:

“Agradecimiento

Quiero agradecer, en primer lugar, la oportunidad que se me ha dado para participar y para tomar la palabra en esta Vª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y Caribeño.

Hablo a nombre de la Vida Religiosa como Presidente de la Unión de Superiores Generales, y -en este caso- también de la Unión Internacional de las Superiores Generales, en cuanto representante de las dos Superiores Generales aquí presentes.

En un continente o sub-continente, como el que en ningún otro, la comunicación de la fe y el compromiso por la promoción humana han estado tan vinculados a la Vida Religiosa, la Iglesia no se entendería sin ella, como justamente lo ha reconocido el Santo Padre en su discurso de apertura de esta Conferencia.

Cuanto afirma la *Lumen Gentium* en el n. 44 sobre los Religiosos y Religiosas, que “sin pertenecer a la estructura jerárquica de la Iglesia constituyen parte indiscutible de su vida y de su santidad”, se ha verificado en América Latina y el Caribe en estos más de 500 años del encuentro del Evangelio con los pueblos amerindios.

La Vida Consagrada hoy

Pocas instituciones eclesiales han puesto un empeño tan grande en la invitación del Concilio Vaticano II a la renovación como la Vida Consagrada. Con todo, después de 40 años y después de tantos cambios realizados, nos encontramos todavía en un proceso de transición. Esto nos enseña -me parece- que hoy la vida consagrada debe aceptar que el único modo de ser actual es la de estar en transformación continua, como sucede con la vida que jamás es estática, y, al mismo tiempo, que nada debe anteponerse a Dios, de modo que sea realmente consagrada, y permanezca fiel a Cristo, a la Iglesia, a los propios fundadores, al hombre y a la mujer de hoy.

Escuchando las relaciones de los Presidentes de las Conferencias Episcopales y de los Prefectos de Dicasterios del Vaticano o de otras dimensiones al servicio de la Iglesia, debo confesar que nos sentimos en profunda sintonía -porque ante todo somos Iglesia- y compartimos con Uds. la escucha de Dios en su Palabra y el paso del Espíritu por la historia

buscando descifrar lo que Dios quiere en este mundo de comunicación y globalización, de secularismo y materialismo, de hedonismo y relativismo, en que vivimos y testimoniamos nuestra fe y realizamos nuestra misión.

Al servicio de esta fidelidad creativa de la Vida Consagrada fueron creadas las dos Uniones de Superiores y Superiores Generales (USG en 1952 y aprobada su constitución en 1962) y han renovado su voluntad de servirla. Por supuesto necesitamos lograr un diálogo más efectivo con la Santa Sede (Santo Padre y CIVCSVA) y con las Conferencias de Obispos, y reforzar la colaboración entre las dos Uniones y con las Conferencias Nacionales, Regionales y Continentales de Religiosos y Religiosas.

No me entretengo en describir su organización y funcionamiento, las comisiones que la dinamizan y otras estructuras de colaboración eclesial (información ésta que se encuentra en el portal vidimusdominum.org), y sí, en cambio, en la búsqueda de las grandes líneas de orientación para responder a los desafíos del mundo de hoy (cf. temas de las Asambleas desde 1968 hasta nuestros días), y, por tanto, lo que hoy le está más a pecho, esto es, su identidad y especificidad, esa que le hace encontrar mejor su lugar en la Iglesia.

El Congreso internacional de la Vida Consagrada, que se realizó en Roma al final de noviembre del año 2004, ha tomado como inspiración un doble icono: el de la Samaritana (Jn 4) y el del Buen Samaritano (Lc 10). Estas dos figuras son signo de la profunda sed de Dios y de la inmensa compasión que deben caracterizar a los consagrados y a las consagradas. El mensaje es claro: en el mundo la vida consagrada tiene la misión específica de cultivar una fuerte experiencia de Dios y acercar a Dios al hombre herido y abandonado al margen del camino.

Definir la vida consagrada como una vida 'samaritana' implica no sólo contemplar el itinerario recorrido por estas dos figuras evangélicas, sino también asumir y hacer propia la condición social de un grupo, como lo eran los samaritanos en los tiempos de Jesús, que vive "a los márgenes" de la sociedad y de la Iglesia.

Hacerse 'samaritanos', desde esta perspectiva, quiere decir aceptar el rechazo del mundo y de la sociedad; comporta renunciar a los privilegios de los que como consagrados hemos gozado hasta hace pocos años, y no solamente en el ámbito social sino también eclesial.

Por siglos la vida consagrada ha sido la pupila de los ojos de la Iglesia y de la sociedad; su servicio en la evangelización y en las tierras de misión, así como su función social en la promoción humana ha sido insustituible en los diversos campos de la agricultura, de la educación y de la cultura, de la salud, de la comunicación social, de la atención a los más pobres, a los indígenas, a los afro americanos, a los chicos y chicas de la calle, a quienes son explotados en el mal llamado turismo sexual, etc., como sigue siéndolo en América Latina y Caribeña, Asia, Oceanía y África. Hasta tal punto que,

sin la vida consagrada en estos espacios, la misma Iglesia estaría ausente. Su presencia en el campo social, a veces teniendo que suplir a los estados, ha sido tan grande que ha corrido el riesgo de adulterar su misión, que no es simplemente la de realizar obras con eficacia y gratuidad, sino la de ser un signo de la presencia de Dios tierna y salvadora en el mundo.

Hoy como ayer la vida consagrada está llamada a ser un signo de la cercanía de Dios, de su auténtica encarnación, de su radical solidaridad con la humanidad hasta la muerte en cruz. Pero hoy, a diferencia de ayer, la vida consagrada se encuentra con el desafío y la oportunidad de renovarse cambiando el acento del funcionalismo a la autenticidad de la caridad, interior y cristiana, esa que transforma la obra social en revelación, en el mejor sentido de la palabra, que es la de donar a Dios al mundo.

Hoy la vida consagrada resultaría irrelevante, su testimonio sería invisible e infecundo, si no tomase seriamente el mandato de hacerse prójimo de los pobres, abandonados y en peligro. Si la vida consagrada quiere sobrevivir en un mundo donde hay un “eclipse de Dios” (Martín Buber), deberá encontrar a Dios en el único icono viviente de Él, el hombre (cf. Gn 1,26). Hoy como ayer el hombre es el camino de la Vida Consagrada.

La sed de Dios y la solidaridad con la humanidad son inseparables y son acogidos y vividos como gracia en unidad. La experiencia de Dios sin la misión es espiritualismo, como lo es el amor a Dios sin el amor al prójimo. Y la misión sin la experiencia de Dios es filantropía o trabajo social.

Es necesario recuperar la pasión por la gloria de Dios y la salvación del hombre, que encuentra su fuente en el corazón de Cristo, Apóstol del Padre, y su alimento en la Palabra y en la eucaristía. Esta pasión habla sí de capacidad de sufrir, de esa pasión que es sufrimiento de amor como el de Jesús en la Cruz, pero también del dinamismo del amor, de esa pasión que es enamoramiento y fascinación.

Estoy convencido de que la vida consagrada representa una verdadera terapia para nuestra sociedad y un don para la Iglesia, con tal que ella sea un signo visible y creíble de la presencia y del amor de Dios (“mística”), que sea una instancia crítica en relación a todo lo que atenta contra la persona humana entendida según el designio de Dios (“profecía”), y que sea solidaria con la humanidad, especialmente la más pobre, necesitada, excluida (“diaconía”).

Conclusión

Nuestra presencia hoy en esta magna Asamblea Episcopal de América Latina y del Caribe representa para nosotros la oportunidad de renovar nuestra vocación de “ser y formar discípulos y misioneros de Cristo” y de exponer también nuestras expectativas, que se reducen a dos:

1. ser más apreciados y tomados en cuenta
2. ser valorados no sólo por lo que hacemos sino por lo que somos.

No obstante nuestras limitaciones, la Vida Consagrada está llamada a continuar prestando a la Iglesia el servicio insustituible de “ser parte indiscutible de su vida y de su santidad” (LG 44), a través de una acción pastoral que sea más explícitamente evangelizadora, que toque los nervios de la cultura imperante y que madure vocaciones”.

Por su parte, el portavoz de los religiosos clérigos y religiosos Hermanos, se expresaba así:

“Con gran alegría quiero ser portavoz en esta asamblea de los religiosos de vida masculina de América Latina, sobre todo de los pertenecientes a los institutos religiosos de Hermanos según la denominación de *Vita Consecrata* y como integrante de la CLAR. Agradecemos el haber sido invitados a participar y dar nuestro aporte en esta Vª Conferencia.

La vida religiosa en su diversidad de carismas es un don del Espíritu al mundo a través de los fundadores, en el seguimiento de Cristo como discípulos y misioneros siendo testigos del Reino de Cristo en una Iglesia en comunión.

La identidad de los Hermanos es laical, consagrada, fraterna y solidaria. Pero esta identidad es poco gratificante y a menudo poco reconocida. Esta identidad a veces se encuentra en tensión entre el espiritualismo y la clericalización, el profesionalismo y la sobrecarga de trabajo en detrimento de una vida vivida en comunidad.

En este momento estamos llamados a preguntarnos ¿quién es un Hermano? ¿Cuál es su misión? La claridad y la fuerza de la respuesta estarán en nuestra capacidad de redescubrir continuamente las razones de nuestra vocación de Hermano y de vivir coherentemente con ellas.

Queremos recordar y destacar el aprecio y el reconocimiento por los grandes servicios que prestan los religiosos sobretodo en el ámbito de la educación formal y no formal, en el cuidado de los enfermos, en la pastoral social y en otros ámbitos de servicio como “Justicia y Paz”, “Salvaguarda de las naciones”, estando presentes en las necesidades de los hombres y mujeres de nuestro continente que están viviendo los procesos de cambio sociocultural de nuestra época. Muchas veces nuestros Pastores nos animan a seguir en este esfuerzo y en esta misión.

Sin embargo a veces no se han descubierto aún todas las consecuencias de la precisa declaración del Vaticano II:

“Un estado, así, en la divina y jerárquica constitución de la Iglesia, no es un estado intermedio entre la condición del clero y la condición seglar, sino que de ésta y de aquélla se sienten llamados por Dios algunos fieles al goce de

un don particular en la vida de la Iglesia para contribuir, cada uno a su modo, en la misión salvífica de ésta".

Los ministerios de Hermanos y Hermanas, ya sea hacia dentro de sus comunidades, ya en vistas de la misión, constituyen una forma de participación en el Ministerio de la Iglesia de anuncio y testimonio del evangelio. Que los miembros de estos institutos sean conscientes de que los Ministerios que realizan son eclesiales por su naturaleza y deben pues ejercerse después de una formación teológica cuidada y con un sentido profundo de Iglesia.

Es bueno destacar el esfuerzo constante que hacen los religiosos, tanto clérigos como Hermanos, por resignificar y volver al carisma original de los fundadores para vivirlo hoy en fidelidad creativa al Evangelio y a la Iglesia, buscando otras formas de presencia en el pueblo de Dios en colaboración con los laicos e invitándolos a vivir el carisma del Instituto en su vida cotidiana. Aunque a veces notamos una mayor consideración de su misión y actividad de servicio en desmedro de su dimensión mística y carismática, apreciándose a la vida religiosa masculina más por lo que hacen que por la presencia de sus carismas.

Nuestras expectativas son:

- Que esta Conferencia apoye, valore y confirme la vocación mística y profética de los religiosos Hermanos que a lo largo de América Latina están presentes en la salud, en la pastoral social y en otros ámbitos y que buscan, trabajando en misión compartida con los laicos, mejores formas de presencia sobre todo en la educación formal y no formal.
- Que se reconozca el servicio que los religiosos Hermanos pueden prestar, por su preparación, en otros organismos de Iglesia y en otros ámbitos de la pastoral y dándoles la posibilidad de una participación más directa en la vida de la Iglesia.
- Que se valore la fundamental relación que tienen los religiosos en su contribución al laicado, promoviendo un diálogo entre fe y cultura, entre el pensamiento de la Iglesia y el del mundo y en su trabajo codo a codo con ellos sobre todo en misión compartida.
- Que se estimule en la pastoral vocacional esta forma de vida, reconociendo nuestra vocación al interior de la Iglesia por su carisma y misión y por el servicio que prestan a la Evangelización en la Iglesia. Profundizando en la teología de la vida religiosa y promoviendo en el pueblo de Dios el conocimiento de lo que constituye la vida consagrada. Facilitando también la comprensión y la aplicación de la *"Mutuæ relationes"*.
- Que se reconozca y favorezca los "ministerios laicales" que no incluyen el sacerdocio, sino más bien la misión: el ministerio de la educación, el cuidado de los enfermos y otros ministerios ejercidos por los religiosos.

Debido a su disponibilidad, su formación y su estado de vida, los religiosos y las religiosas serían los ministros en mejores condiciones para tales ministerios, abiertos a todas las personas” (CLAR).

Sobre la vida religiosa *femenina*, se ha dicho:

Las diversas expresiones de la vida religiosa femenina presentes en América Latina, con esperanza y alegría aguardamos que esta Va. Conferencia, nos anime e impulse en nuestra vocación específica y en los múltiples servicios que damos a la Iglesia.

La vida monástica y contemplativa, vive con vitalidad y juventud esta vocación.

- Frente a la búsqueda de Dios de la humanidad, al ser escuelas de oración desde sus carismas propios, por medio de la Lectura Orante de la Biblia y la Liturgia.
- Desde sus monasterios y conventos se impulsa el acompañamiento espiritual de seminaristas, religiosos, sacerdotes y laicos que desean una espiritualidad.
- La vida contemplativa y monástica contempla la realidad en comunión eclesial orando por las situaciones de conflicto y sufrimiento. Se compromete a que sus casas sean espacios de encuentro y reconciliación; que el silencio abra a la escucha de todos y que esto se exprese en el diálogo intercultural; que sus casas sean espacios de estímulo al ecumenismo y al diálogo interreligioso.
- Su comunión de vida, la sencillez y solidaridad con el pueblo pobre, pueden ofrecer un modelo alternativo para la sociedad actual que vive modelos de competencia, de exclusión e individualismo.
- La sobriedad en el uso de los bienes y el cuidado de la naturaleza, -“*como vasos sagrados del Altar*” (San Benito)-, quiere ser una respuesta al consumismo y a los atentados violentos contra la madre tierra y el ecosistema.
- La vida monástica y contemplativa quiere ser discípula y misionera de Jesucristo: “*nada antepuesto al amor de Cristo*” (San Benito).

Expectativas frente a la Va. Conferencia:

- Apoyo a la formación teológica e integral para que las hermanas puedan ser verdaderas mujeres de Dios, vivir escuelas de oración capaces de responder a los desafíos de la humanidad de hoy.
- Apoyo de las iglesias locales para poder participar en los sacramentos.

- Apoyo para encontrar formas de auto-sustentación.

La vida religiosa apostólica y las sociedades de vida apostólica femeninas, con alegría acogemos en comunidad, el llamado a revitalizar nuestra vida consagrada con fidelidad creativa; reconocemos y aceptamos con humildad, nuestras fallas y limitaciones: el acomodamiento, la infidelidad, la búsqueda de seguridades, la pérdida de sentido; y con esperanza escuchamos la invitación a remar *“mar adentro”*, volviendo a la radicalidad de la inspiración fundacional y carismática.

Nos sentimos alegres de recibir las nuevas vocaciones que llegan, en su mayoría, de medios de inserción pobre, popular, indígenas, afro-descendientes y obreros. Se requieren procesos largos, profundos de formación y acompañamiento cercano, adulto, lúcido. Nuestras hermanas más jóvenes, reciben el carisma y lo expresan creativa y dinámicamente, con nuevas formas comunitarias y de servicio apostólico.

Amamos a la Iglesia y desde nuestra identidad propia y nuestra vocación apostólica, queremos vivir el Evangelio en Iglesia, colaborando y sirviendo a todo el pueblo de Dios, en los espacios ya conocidos: de educación, salud, social, pastoral en parroquias [...] y también en el llamado a una vida religiosa disponible, *“ligera de equipaje”*, al igual que nuestros hermanos y hermanas migrantes siempre lista a “partir”, a inculturarse y a desenraizarse, a cambiar de sitio y de presencias, de servicios, en nuevos escenarios, con nuevos sujetos teológicos, (indígenas, afro-descendientes, campesinos, enfermos de sida, niños de la calle, personas con adicciones, medios de comunicación social), en situaciones de periferia, de límite, de exclusión, que pueden ir más allá de diócesis y de fronteras nacionales, en Inter-congregacionalidad, en busca de un sueño que no es el americano [...] sino el sueño del Reino ya presente y todavía no pleno, en *“otro mundo posible”*.

Esperamos de esta Va. Conferencia:

- Un aliento e impulso para vivir en Iglesia, radicalmente nuestro seguimiento a Jesús de Nazareth, desde la contemplación de su vida y la relación personal con El; en escucha y docilidad a la novedad del Espíritu, desde la gratuidad y minoridad, con nuevas formas de vida y de servicio y asumiendo los riesgos con audacia y generosidad, como lo hicieron nuestras fundadoras y fundadores.
- Orientación y luz, para enfrentar desde nuestros carismas los grandes desafíos que afectan nuestras vidas personales y comunitarias y sobre todo la vida de nuestros hermanos y hermanas más empobrecidos, empobrecidas. El desafío del cambio de época, de la globalización, de la violencia, de las nuevas democracias frágiles y en construcción, la escandalosa brecha entre ricos, riquísimos y pobres, sobrantes. El diálogo y respeto inter-cultural, ecuménico, interreligioso.

- Una mejor comprensión y respeto a nuestra identidad y aportes como vida religiosa femenina laical y a nuestra vocación de inserción en el mundo y para la vida del mundo.

- Mayor posibilidad de trabajo en colaboración, equipo y equidad, con nuestros pastores, sacerdotes diocesanos, laicos y laicas, reconociéndonos unos a otros, a otras, como discípulos/as, condiscípulos/as, misioneros/as, miembros de un único pueblo de Dios.

La vida religiosa apostólica femenina, testigo y partícipe del rol decisivo e importante de las mujeres en todo nuestro continente, asume con sencillez esta misión de:

- Acoger la vida de Dios en una experiencia profunda y diaria de encuentro personal y comunitario en la contemplación;
- Generar vida promoviendo y suscitando los gérmenes de vida y de Evangelio;
- Cuidar la vida humana y la creación amenazadas, si es necesario dando la vida (*recordamos hoy, el testimonio de nuestra hermana Dorothy Stang americana de 73 años muerta hace dos años en Brasil*).

Con gratuidad, alegría y esperanza, junto con muchas mujeres de nuestros pueblos y de nuestra Iglesia Latinoamericana, queremos manifestar la ternura, la compasión, la misericordia de nuestro Dios y su rostro materno acompañando a nuestros pueblos sufrientes, abandonados y explotados (Hna. Ma. de los Dolores Palencia Gómez hsjl, México CLAR).

Por su parte, el cardenal Franc Rodé, Prefecto de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, en su intervención institucional, diría: *“¡Qué bellos los pies del caminante que anuncia la Buena Noticia! (Is 52,7). Frase que brota desde el profundo del corazón al ver la Vida Consagrada en América Latina, fruto de una generosa herencia histórica de entrega al Señor y de servicio a los hermanos.*

Presente esperanzado

“La presencia de la vida consagrada es un enorme potencial de personas y comunidades, de carismas e instituciones sin el cual no se puede comprender la acción capilar de la Iglesia en este continente, la inserción del Evangelio en todas las situaciones humanas, el auge de las obras de misericordia, el esfuerzo por impregnar las culturas, la defensa de los derechos humanos y la promoción integral de las personas, así como la animación y guía de las comunidades cristianas, incluso en los lugares más

remotos” (Juan Pablo II, carta apostólica a los religiosos y religiosas de América Latina, n°3). Los consagrados trabajan, con los niños de la calle, las maras, en las escuelas, en los hospitales, en las obras sociales y de desarrollo humano, en las capillas y parroquias, en lugares inhóspitos en los que su presencia es presencia de Iglesia. Llevan sobre las espaldas el peso de una realidad social carente de recursos y necesitada de asistencia. Es una presencia evangelizadora que hace presente a Cristo y su mensaje.

Los religiosos están llamados a ser Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida, según el lema de este encuentro. Vida que es fruto de Cristo, de su capacidad de hacerse “cristiformes,” hasta poder decir con San Pablo: *Vivo yo, pero no soy yo es Cristo que vive en mí (Gal 2,19)*. Para ello hace falta acercarse al ser humano, a toda dolencia, y asumir la misma sensibilidad compasiva del Señor que si hizo “buen samaritano” de la humanidad.

Futuro ilusionado

En el acercamiento al ser humano, no han faltado situaciones en las que se han suplantado los principios cristianos por otros sociales y políticos que nada tienen que ver con Cristo y su mensaje. Se ha producido una dificultad en la recepción del Concilio Vaticano II: *“los problemas de la recepción -afirma Benedicto XVI- han surgido del hecho de que se han confrontado dos hermenéuticas contrarias y se ha entablado una lucha entre ellas. Una ha causado confusión; la otra, de forma silenciosa pero cada vez más visible, ha dado y da frutos. Por una parte existe una interpretación que podría llamarse “hermenéutica de la discontinuidad y de la ruptura”; a menudo ha contado con la simpatía de los medios de comunicación y también de una parte de la teología moderna. Por otra parte, está la “hermenéutica de la reforma”, de la renovación dentro de la continuidad del único sujeto-Iglesia, que el Señor nos ha dado; es un sujeto que crece en el tiempo y se desarrolla, pero permaneciendo siempre el mismo, único sujeto del pueblo de Dios en camino”* (Benedicto XVI, Discurso, 22/12/05).

La hermenéutica de la discontinuidad corre el riesgo de acabar en una ruptura, llevada por ecologías sesgadas e interpretaciones oportunistas, que con el deseo de liberar y conceder dignidad, esconden el verdadero mensaje de Cristo. La hermenéutica de la reforma en cambio *“quiere transmitir la doctrina en su pureza e integridad, sin atenuaciones ni deformaciones”*. Es necesario que esta doctrina, verdadera e inmutable, a la que se debe prestar fielmente obediencia, se profundice y exponga según las exigencias de nuestro tiempo. Cuantos aman la verdad revelada y sienten la urgencia de la misión apostólica en el mundo actual *no han de desviar su mirada al Magisterio de la Iglesia, siguiendo las enseñanzas conciliares, realizando una fiel lectura de las exigencias del Evangelio de Cristo para los tiempos presentes*, sin dejarse desorientar por ideologías ajenas a la revelación (Juan Pablo II carta apostólica a los religiosos de América Latina, n° 13).

Una Iglesia misionera y, por tanto, una vida consagrada evangelizadora, ha de ser consciente de que tiene el deber de anunciar su mensaje a todos los pueblos, necesariamente debe comprometerse en favor de la justicia y de los más desfavorecidos. Debe transmitir el don de la verdad y, al mismo tiempo, asegurar a los pueblos y a sus gobiernos que con ello no quiere destruir su identidad y sus culturas, sino que, al contrario, les lleva a dar una respuesta con la que no se pierde la multiplicidad de las culturas, sino que se promueve la unidad entre los hombres y también la paz entre los pueblos.

Magisterio Paralelo

Ciertas situaciones, a veces de contraposición, han potenciado el riesgo de crear un magisterio paralelo, un magisterio desconexo con la tradición de la fe y de la Iglesia. Los religiosos que por vocación son Iglesia, han de potenciar el magisterio auténtico, desde la asunción e identificación de éste en su propia vida y apostolado, ayudando activamente y sin distorsión ni glosas enfáticas, a darlo a conocer a los fieles, para que reconozcan en Jesucristo, al único Salvador del mundo, el centro de la existencia de cada ser humano, en plena sintonía eclesial y en obediencia a las directrices de los pastores.

Falso Profetismo

“A las personas consagradas se les pide ofrecer su testimonio, con la lealtad del profeta que no teme arriesgar incluso la propia vida” (cf. VC. 85a). Muchas han sido las personas consagradas que, a lo largo de estos cinco siglos, han sacrificado la propia vida en el servicio a los hermanos, mostrando que la dedicación hasta el heroísmo pertenece al índole profético de la vida consagrada (cf. VC. 85a). Pero, no han faltado algunos falsos profetas, que más que profetizar con una vida coherente al evangelio y de amor a la Iglesia, han pronunciado presagios y discursos, carentes del amor de Dios que han distorsionado el seguimiento de Cristo. El profeta anuncia *el poder benéfico del amor de Dios*, pues la verdadera profecía nace de Dios, de la amistad con Él, de la escucha atenta de su Palabra en las diversas circunstancias de la historia. El profeta siente arder en su corazón la pasión por la santidad de Dios y, tras haber acogido la palabra en el diálogo de la oración, la proclama, con la vida, con los labios y con los hechos, haciéndose portavoz de Dios contra el mal y contra el pecado. El testimonio profético exige la búsqueda apasionada y constante de la voluntad de Dios, la generosa e imprescindible comunión eclesial, el ejercicio del discernimiento espiritual y el amor por la verdad.

Una especial fuerza persuasiva de la profecía deriva de *la coherencia entre el anuncio y la vida*. Las personas consagradas serán fieles a su misión en la Iglesia y en el mundo en la medida que sean capaces de hacer un examen continuo de sí mismas a la luz de la Palabra de Dios (VC. 85).

Secularización

Un problema que afecta hoy a la vida consagrada es la secularización, que amenaza con volver irrelevante la fe. Por eso, la vida consagrada ha de recuperar su ser vanguardia de la evangelización y la expresión más visible de la dimensión religiosa de la Iglesia, para hacer posible una recuperación del sentido de trascendencia. La vida de la Iglesia y la sociedad misma tienen necesidad de personas capaces de entregarse totalmente a Dios y a los otros por amor de Dios.

Hay que entrar en una mentalidad de “evangelización de un mundo en el que la realidad de la secularización, de las sectas, del sincretismo religioso ponen serias dificultades a nuestra fe y presencia. Hemos de darnos cuenta de que estamos asistiendo a un retroceso de la dimensión religiosa, en la que las legislaciones de los estados se alejan cada vez más de los principios cristianos.

Ante esta situación, la vida consagrada ha de asumir como prioridad la reflexión sobre sí misma y detectar las formas sutiles de secularización interna que se han infiltrado en nuestro ambiente: lenguaje que pierde contenido religioso, disminución del tiempo de oración y actos religiosos comunes, pérdida de la visibilidad de la consagración, opción por actividades sociales en detrimento de la eclesiales (catequesis, administración de sacramentos), concepción de la misión como agentes de progreso social más que como representantes de la esperanza escatológica. Dejémonos decir por Cristo: “Si la sal se vuelve sosa ¿con qué se la salará? (Mt 5,13).

Para combatirlas hay que intensificar la oración común, la visibilidad como consagrados, el uso de un lenguaje con referencias explícitamente cristianas, intensificar la dimensión religiosa y pastoral, una teología que ponga el acento en la trascendencia, una comunión visible con los pastores y la Iglesia. En cada época los consagrados han sabido responder a las necesidades espirituales de sus contemporáneos, sin abandonar las necesidades sociales. Recordemos a San Francisco y los franciscanos que trataban de combatir con la penitencia la vida de pecado que afectaba a muchos. Santo Domingo y los suyos que trataban de vencer los movimientos heréticos con la predicación. Para San Ignacio y los jesuitas que buscaban frenar el avance del protestantismo. Hoy como entonces, los consagrados intentan responder de forma creíble a la indiferencia religiosa, a la pérdida del sentido de la trascendencia y de la esperanza escatológica.

La Iglesia está esperanzada con la Vida Consagrada, esperanzada por su vida y existencia enraizada en la fe en Cristo, camino, verdad y vida. Esperanzada porque se comienza a notar una recuperación del nivel intelectual, después de un tiempo caracterizado por el anti-intelectualismo. Es fundamental si queremos dialogar con la sociedad y las culturas formar bien a las nuevas generaciones, pues no nos podemos quedar sólo en el valor del testimonio, se ha de saber dar razón de la fe en Cristo y su Iglesia.

Lo que la Iglesia espera de la vida consagrada es que sea ella misma, que sea en el mundo *“memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos. Tradición viviente de la vida y del mensaje del Salvado”* (VC 22). Que el Espíritu Santo, por intercesión de la Santísima Virgen María, *Stella evangelizationis*, encienda en nosotros el mismo ardor que sintieron los discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 13-35) y renueve en nuestra vida el sacramento del amor de Dios, signo eficaz de la belleza infinita propia del misterio santo de Dios”.

6. PARA QUE NUESTROS PUEBLOS EN EL TENGAN VIDA

“Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en El tengan vida”. De esto se trata, porque todo discipulado comporta misión. Y la misión que el Espíritu suscita en el Pueblo de Dios es precisamente esta: anunciar la vida, promover la vida, defender la vida con todas las consecuencias que esta misión comporta. *“Los pueblos latinoamericanos y caribeños -ha dicho el Papa Benedicto XVI en la Inauguración de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano- tienen derecho a una vida plena, propia de los hijos de Dios, con unas condiciones más humanas: libres de las amenazas del hambre y de toda forma de violencia. Para estos pueblos, sus Pastores han de fomentar una cultura de la vida que permita, como decía mi predecesor Pablo VI, “pasar de la miseria a la posesión de lo necesario, a la adquisición de la cultura [...] a la cooperación en el bien común [...] hasta el reconocimiento, por parte del hombre, de los valores supremos y de Dios, que de ellos es la fuente y el fin” (Populorum progressio, 21).*

6.1 HAY VIDA Y VIDA

Tal vez no exista en nuestro lenguaje humano una palabra tan profundamente presente como esta: *vida, la vida*. ¿De qué vida se trata? Porque hay vida, y vida fisiológica, metabólica, bioquímica, genética, etc. Sólo en la Exhortación Apostólica “Vita Consecrata” (**vida consagrada**), se encuentran expresiones como:

forma de vida (vivendi forma)

género de vida
estado de vida
estilo de vida
vida apostólica
 activa
 comunitaria
 consagrada
 contemplativa
 cristiana
 eclesial
 evangélica
 fraterna
 laical
 monástica
 religiosa
 espiritual
 humana

Quinientas treinta y cuatro veces se lee la palabra vida⁷. Estamos tan acostumbrados a pronunciar y leer vida consagrada que casi instintivamente nos vamos al adjetivo *consagrada* y dejamos eclipsado el sustantivo *vida*. Así como nos identificamos en la Iglesia y ante el mundo como personas consagradas, centrando la atención en lo de *consagradas*, dando por supuesto que somos *personas*. Y cuánta necesidad tenemos de tomar conciencia de que lo somos. Y que si la persona no está bien, el resto es música celestial.

Pues bien, en estas páginas quiero centrar la atención en unas reflexiones sobre este sustantivo *vida* que lo llevamos sustentando el adjetivo consagrada.

6.2 LA “VIDA”, PALABRA ESENCIAL

⁷ Cf. A. Pardilla, cmf., *Vita consacrata per il terzo millennio. Concordanze, fonti e linee maestre dell'Esortazione Apostolica “Vita consecrata”*, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2003, pp. 1254-1285.

La palabra “vida” resuena poderosamente en nosotros. Es, dice el salmista, nuestro “único bien”, y un don tan precioso como frágil. Este milagro cotidiano tan espléndido, este regalo que no nos cansamos de desear y ojalá no nos cansemos de agradecer, despierta nuestro asombro, nuestra preocupación y nuestro anhelo. Basta hacer un rápido repaso por varios continentes.

1. Dicen que en las culturas africanas, la categoría “vida” ocupa un lugar central. Pero basta reparar unos instantes en la realidad que de hecho se experimenta en tantas zonas para advertir cómo las expectativas de vida se frustran: hambrunas, SIDA, choques tribales, emigración, pateras, y en especial esas pateras-ataúdes que no llegan al soñado paraíso europeo.

2. En la teología latinoamericana, Gustavo Gutiérrez ha puesto un acento particular en el mensaje cristiano como anuncio del Dios de la vida. Pero –pregunta el teólogo peruano– ¿cómo *hacer creíble* este mensaje en situaciones sociales caracterizadas globalmente por condiciones precarias de vida, inseguridad vital, miseria, falta de recursos, explotación [...]? Jon Sobrino hablaba hace años de cómo muchos de estos pueblos se ven abocados a procesos de muerte lenta y a numerosos y dolorosos casos de muerte violenta.

3. En las sociedades occidentales, donde el promedio de vida es elevado, se viene hablando de la calidad de vida. Donde no hay cantidad, difícilmente puede haber calidad, y es lo que sucede en Asia y Latinoamérica. Pero el mero hecho de que haya cantidad no garantiza la calidad: “podemos morir de solo pan”. Tenemos ante nosotros fenómenos socio-económicos, como el paro estructural, el trabajo precario y la carestía de la vivienda, o la fuerte hipoteca con que estamos gravando a las futuras generaciones; fenómenos ecológicos: la degradación del medio ambiente, la aniquilación de especies naturales; fenómenos culturales: la reducción de lo cualitativo a puramente cuantitativo, la conversión del arte en negocio y dinero, la banalización del amor, el desarraigo de la naturaleza, la sordera e insensibilidad para los grandes símbolos de las tradiciones religiosas (desarraigo de ricas formas de vida del pasado), la pérdida del sentido de lo sagrado, la manipulabilidad de todo (hybris), el hastío vital, «la pregunta por la licitud de procrear nuevos seres en un

mundo cuyo futuro aparece incierto, si no absurdo» (H. Döring - F.X. Kaufmann), la baja natalidad, el porcentaje de suicidios en el mundo industrializado. Añadamos a todo esto las múltiples formas de violencia, atentados contra la vida como el aborto, la eutanasia o el terrorismo, o la soledad de tantas personas, quizá se nos pueda helar la sonrisa.

4. Si volvemos a la palabra de Dios testimoniada en la Escritura, la vemos recorrida de extremo a extremo por soberbias imágenes de la vida. Basta recordar el árbol de la vida en el paraíso; la visión en que Ezequiel contempla el espectáculo desolador de una explanada cubierta de huesos muertos, que luego se van revistiendo de músculos y carne comienzan a moverse; la visión del agua que salía del templo y llegaba al mar de las aguas salobres y pútridas para regenerarlas y hacer bullir en ellas toda clase de animales marinos; el jardín del Apocalipsis en que brotan hierbas medicinales y florece toda clase de árboles frutales que dan doce cosechas al año.

6.3 EL FENÓMENO DE LA VIDA

De la vida se puede hablar en abstracto, pero es antes que nada un dato de hecho, un fenómeno concreto. Etimológicamente la palabra deriva del latín *vis* (fuerza, vigor, potencia, energía). El término castellano “vida” traduce corrientemente el hebreo “vivir”, que aparece 150 veces en el AT, y no se emplea para expresar la vida en abstracto, sino que tiene referencias concretas. El fenómeno de la vida, en el mundo bíblico, se presenta como un todo unitario, sin que haya distinción entre vida física, intelectual o espiritual. En el ser humano se da como un todo. La vida aparece más bien descrita gráficamente, no tanto conceptualizada con rigor teórico. Así se habla del aliento y de la sangre como manifestación de la vida (Gén 2,7; Lev 17,11; Deut 12,23); la vida se concreta con las imágenes del agua (Gén 2,5) y de la luz (Is 58,8). Una serie de símbolos, como el árbol, la fuente, el camino, etc., sirven de soporte a la idea de la vida. Común a todos ellos es en forma diferente el concepto del movimiento; todo cuanto se mueve manifiesta la vida de alguna manera; así, la vida, lejos de todo sentido estático, es una fuerza activa que impulsa al hombre y lo hace moverse. La vida se expresa en una movilidad vigorosa (Gén

26,19; Lev 14,5; Sal 58,10), mientras que la muerte se concibe a modo de una situación depotenciada y lánguida (Is 14,9-10).

Dios es el Viviente por excelencia, la fuente de la vida (Ez 17,19; 33,11; 1R 17,1; Deut 33,15). La distancia que existe entre El y la vida creada la cubre el Espíritu, con su dimensión cósmica y antropológica. El espíritu significa soplo, viento, reteniendo de esa forma la idea de movimiento. Todo cuanto lleva vida en el cosmos la tiene en virtud de este espíritu de Dios. Su presencia es fuente de vida y su ausencia ocasiona la sumersión de todo en la muerte. La vida aparece, pues, en la Biblia como el don supremo y, por tanto, como la felicidad del hombre. No se trata de buscar este o el otro tipo de felicidad para sentirse dichoso, sino de tener la realidad de vivir. De ahí que se desee al rey una vida larga, el justo pide una larga vida, y la eliminación de la existencia en plena juventud se considera una desgracia.

La promesa de la vida entra en el mensaje profético relacionada con la actitud religiosa del pueblo, según la invitación divina: “Buscadme y viviréis” (am 5,4.6.14). El Deuteronomio, con influencia de los profetas, repite el mismo mensaje. La vida es el premio de la práctica de la justicia (Deut 4,1; 5,33; 6,24; 16,20). Vivir, tener larga vida, se relaciona con la promesa de la felicidad e la posesión de la Tierra Prometida, idea de felicidad y salvación para Israel. Siguiendo a Amós, la vida se conecta con la obediencia (Deut 30,15; 32,47). Los conceptos de bien y mal están relacionados con los de vida y muerte. Vivir marca el programa de la felicidad en la concepción bíblica, bien se trate de todo el pueblo, solamente del resto, o en un sentido individual como en Ezequiel (Ez, 37).

La vida, vista así, se compara con la luz, que es señal de felicidad, y la muerte con las tinieblas. De ahí que, se habla de la luz de los vivientes (Sal 56,4; Job 3,20; 33,30). Isaías expone este ideal de vida con la imagen de la comida de manjares succulentos y exquisitos (Is 55,2). Esta saturación expresa la dicha interior del ser humano, su bienestar total; es abundancia de vida. Todo lo cual se indica con la frase “vuestro corazón vive para siempre” o simplemente “vive” (Sal 22,27; 69,33); es la vida que se opera en el corazón, que en el lenguaje bíblico constituye el centro

de la actividad interior del hombre. Paz, bendición y vida, son prácticamente la misma cosa (Is 25,6).

El sentido escatológico de la vida aparece desde el momento que en la misión profética surge el mensaje del vencimiento de la muerte (Os 13,14), es decir, la afirmación de la vida por encima de lo que parece su frontera infranqueable. Esto se afirma de múltiples maneras: cuando se habla de la reivindicación de los muertos (Os 6,2-3; Ez 37); cuando se presenta un ideal de vida en abierta longevidad y colmada de toda clase de prosperidad (Is 65,14). En el banquete escatológico de Isaías se afirma el vencimiento de la muerte como señal de felicidad completa (Is 25,6). En esta línea se robustece la fe de Israel en el poder de Dios más allá de la aniquilación de la muerte, condenado en las siguientes palabras programáticas: “Tus muertos revivirán” (Is 16,19). Daniel formula claramente el contenido de esta afirmación como tesis de resurrección (Dan 12,2). La resurrección nace así de la idea de una reiteración de la vida, que se describe como “revivificación de la vida” (2 Macab 7,9). Originalmente, la revivificación de los muertos es el mundo futuro, cuyo contenido más rico es esta misma reiteración de la vida. En una evolución dialéctica posterior se habla de resurrección para la vida, introduciendo de esta manera una fisura entre el contenido de la vida presente y el de la vida futura, que acabará concibiéndose en el judaísmo rabínico colmada de bienes múltiples y con grados diversos de felicidad (Dan 12,2). La vida escatológica es la vida “eterna”, no por razón de su duración, sino de su plenitud, que es a la que atiende fundamentalmente la mentalidad bíblica.

Vida es lo mismo que bendición, adecuándose perfectamente ambos términos en el lenguaje bíblico. El Dios de la salvación es lo mismo que el Dios de la vida (Sal 42,9.12). La salvación que se celebra o que se implora es la vida recuperada o deseada (Sal 71,3.15.20). La salvación que espera Israel es la vida del pueblo; al escatologizarse esta salvación, entrando en la perspectiva del futuro decisivo del profetismo postexílico, se habla de que Israel será “salvado con una salvación eterna” (Is 45,17). Con ello se opera la convergencia total de los conceptos bíblicos de salvación y de vida.

En el NT el concepto de vida no se limita al vivir biológico, sino que se va más allá indicando el hecho de vivir en una dirección, con una intencionalidad determinada, en virtud de la cual se despliega la riqueza de la vida creada por Dios. En este sentido es un vivir decidido ante varias posibilidades que el futuro lleva consigo; así se habla de “vivir según la carne” (Rom 8,12-13), o “vivir en el pecado” (Rom 6,2), etc. Se habla de la vida en su aspecto fenoménico. No se formula científicamente, sino que se describe gráficamente según ciertos datos que constituyen la experiencia más inmediata de la misma. En este sentido se atiende a la fuerza y eficacia que el hecho de vivir supone (Rom 12,1; 1 Pe 1,3; Heb 4,12); se presenta como movimiento (Act 17,28), es algo pasajero (Sant 4,14). La actividad es lo que le da su carácter existencial; lo que carece de ella se considera como muerto. El pecado se considera como un estado de muerte, ya que es un vivir sin impulso para obrar (Rom 7,8); la fe que no es activa, no produce obras y también se considera como muerta (Sant 2,17.20); de la misma manera son muertas las obras que no logran su fin (Heb 9,14). En contraposición a esto, se habla de palabra viva (Act 7,38; Heb 4,12; Jn 6,63.68), de la esperanza viviente (1 Pe 1,3), etc.

Vida-muerte se contraponen, no según ciertas categorías físicas o metafísicas teóricamente definidas, sino según la apreciación existencial, como en el AT. En este sentido, solamente el vivir en plenitud es propiamente vida; sacar a uno de la enfermedad es lo mismo que vivificarlo (Mc 5,23). Las narraciones de curaciones en los evangelios no tienen un carácter meramente episódico, sino que tienen una referencia central: anuncian que ha aparecido la potencia de la vida, liberando de todo lo que es una reducción de la misma (dolencia física o moral, muerte). La vida representa el bien supremo (Mc 10,17) y define plenamente la misión de Jesús en todo su alcance (Jn 10,10).

Las ideas de vida y Espíritu se relacionan en el NT a partir de una concepción unitaria con que ambas aparecen sintetizadas en el AT. El espíritu crea la esfera de la vida y por eso se llama el Espíritu vivificador (1Co 15,45; Jn 6,63). Es el espíritu de Dios que salva la distancia que hay entre la vida de Dios y todo otro género de vida que se da en la creación. En último término es Dios mismo. Ahora bien, solamente Dios es el Viviente por excelencia (Mt 16,16; 26,63; Act 4,15; Rom 9,26).

Él es el origen de la vida (Jn 5,21); vive eternamente (Act 4,9); solamente Él posee la inmortalidad y sólo Él puede resucitar a los muertos (Rom 4,17).

Desde un punto de vista antropológico, esta concepción del espíritu es la que permite entender ciertas expresiones en que se habla de la retirada del espíritu (Lc 23,46), significando con ello la muerte, o de su vuelta (Lc 8,55), para indicar la reiteración del fenómeno de la vida. El carácter religioso de la vida se destaca en la concepción teocéntrica de la misma. Si Dios solamente posee la vida, todo vivir lejos de Dios se considera como muerte. De ahí la urgencia constante a vivir ante Dios (1Cor 15,23). La verdadera vida es la que Dios garantiza para el futuro, que será el reino de Dios. Esta es la que puede llamarse vida sin más calificativos. Es vida “eterna”, en cuanto es una vida en plenitud, y está enteramente libre de la preocupación del vivir presente ante el cual se abre constantemente la perspectiva de una terminación; es decir, es una vida colmada, enteramente libre de la muerte (Act 14,22).

El concepto cristiano de vida supone una cristologización de la misma, en el sentido de que Cristo se considera el “prototipo” de la vida verdadera (1Cor 15,23) y la fuente de la misma (1Cor 15,45). En Cristo es donde se opera para la humanidad el auténtico vivir ante Dios, la verdadera dirección religiosa de la vida. Esta vida cristiana es una penetración de vida en todas las estructuras del ser humano; una nueva creación que da impulso de nuevo a toda otra clase de vida. La resurrección de Jesucristo es el testimonio de esta vida; es un hecho histórico y escatológico a un tiempo e indica que la vida del mundo futuro, la vida presente, ha irrumpido en el mundo presente, en la persona de Cristo, que de esta suerte, ha pasado a ser el “Espíritu vivificador” (1Cor 15,45).

A partir de este hecho, los conceptos de vida y resurrección aparecen ligados y paralelos. El anuncio de su resurrección afirma que Él vive (Lc 24,9); este es el mensaje de Pascua. Él es el Príncipe de la vida (Act 3,15); por su vida, que ha vencido a la muerte, seremos salvos, es decir, vivificados (Rom 5,10). El ha quitado su poder a la muerte (1Cor 15,55). De aquí la insistencia en ligar el concepto de vida con la persona de Cristo; la urgencia de la fe en El para vivir (Rom 1,17), ya que

todo aquel que cree en Cristo tiene la promesa de la vida (Rom 6,8). Por El todos serán vivificados (1Cor 15,22-23).

Se trata, evidentemente, de una vida futura, escatológica, como escatológica es toda la concepción del NT, ya que es la vida de resurrección que tendrá lugar al final de los tiempos; así se pone en futuro la donación de la vida por parte de Dios, y el dominio en la vida por parte de los cristianos (Rom 6,17.21). Sobre el futuro de la vida está gravitando la esperanza cristiana; el presente solamente tiene las arras de la plenitud de vida que habrá de venir algún día (Ef 1,14; 2Cor 5,5). Las alusiones a las palabras de vida (Act 5,20), la penitencia para la vida (Act 4,18), la entrada en la vida o en el Reino de Dios tienen esta referencia de futuro fundamentalmente; solamente en el futuro se dará la vivificación de los cuerpos por medio del Espíritu (Rom 8,11).

Todo esto no significa una contraposición del futuro al presente, sino que el concepto de vida esencialmente futura cubre también la vertiente del presente. Esta ambivalencia es lo que da a la concepción del NT su carácter paradójico y su riqueza de contenido frente a la concepción griega que supone fosilizados frente a frente tiempo y eternidad, mundo de abajo y mundo divino de arriba. Indicar en qué sentido el concepto cristiano de vida se aplica al presente es una labor delicada, que tiene el peligro de concebirla a modo de vida superior del alma, en un plano metafísico o místico, que atenúe aspectos profundos, pero reales, de su realidad integral. El sentido de presente aparece en todos aquellos textos en que se dice que la vida nos ha sido dada ya (2Tim 1,1), que la promesa vale tanto para la vida presente como para la futura (1Tim 4,8).

De la misma manera que la Ley no podía vivificar, sí lo puede Jesucristo (Gal 3,21). En Cristo viven los creyentes ya para Dios (Rom 6,11); ya han sido vivificados (Rom 6,13), viviendo de esta suerte para el Señor (Rom 14,8). Por eso podemos decir que Cristo vive en los creyentes (Gal 2,19). Esta vida toma su razón de ser a partir de la resurrección de Cristo, con la cual entra el cristiano en contacto al recibir el bautismo; en Él se da, en forma profunda y misteriosa, un proceso de muerte y vida, que es lo que hace que la persona quede instalada en un vivir nuevo (Rom 6,4); no

supone esto que se opere la resurrección de una forma espiritual, sino que el creyente se pone de cara a la vida misma, de la que participa en algún sentido, que es anticipo de la plenitud de la vida eterna (Rom 6,23). Este hecho supone la liberación del pecado, entendido en el NT no como una defección de tipo moral solamente, sino como una decadencia existencial de todo el ser humano, que queda de alguna manera inmovilizado por él y en este sentido reducido a una condición de muerte (Rom 8,1). La resurrección escatológica aparece como un acto en sí, con el que culmina la obra de Dios, pero no es algo completamente independiente del proceso de vida que actualmente se opera en el cristiano; es una réplica gloriosa de la resurrección ya operada en Cristo (1Cor 15,23); al presente hay una presencia del Espíritu que tiene el carácter de arras respecto de ella (2Cor 5,5); de tal suerte que no falta más que todo lo que aún queda de mortal para que sea abarcado por la Vida (2Cor 5,4). En cierto modo se puede hablar ya en presente de la resurrección, como si se hubiese realizado (Ef 2,5-6; Col 2,12-13) y no esperase más que el momento de manifestarse al final de los tiempos (Col 3,3).

Será el evangelista san Juan el que insistirá en el carácter de presente de la vida, sin que por ello pase del cuadro temporal judío a una metafísica religiosa de sabor griego. Permanece ciertamente una perspectiva de futuro (Jn 6,54), pero el hecho de la presencia de Cristo significa que la resurrección y la vida están plenamente radicalizadas en el presente (Jn 4,14; 5,21.40; 10,10.28); en este sentido se puede decir que hemos pasado de la muerte a la vida (1Jn 3,14). Comparada esta interpretación con la paulina se puede constatar que la diferencia que entre ambas reina es más bien de carácter psicológico que dogmático: en ambos se hallan en formas diversas las mismas perspectivas temporales de vida.

El sentido ético del vivir cristiano brota de la realidad descrita; el imperativo sigue al indicativo y no a la inversa, como se da en el judaísmo rabínico. En el NT no se insta a reposar sobre lo que se es, con peligro de una glorificación antropocéntrica, sino a vivir conforme a lo que se es (Ef 4,1; Col 3,2.5-6; Gal 5,25). El vivir ético sigue al vivir pneumático (Gal 5,25). La urgencia de una actitud ética siempre creciente sigue a la certeza del progreso también creciente de la vida (2Cor 4,10; 6,4). Aquí

radica la teología de las buenas obras (Jn 5,29) y sobre todo del amor al prójimo, claro testimonio de la realidad de la vida (1Jn 3,1; 4,19).

6.4 EL DIOS EN QUE CREEMOS Y QUE ANUNCIAMOS

Como discípulos y misioneros, anunciamos al Dios vivo y Dios de la vida, porque “Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos”. “En Él vivimos, nos movemos y existimos”. Él es el suelo nutritivo en que estamos arraigados. Este Dios en que creemos es “amigo de la vida”. Lo recuerda una historia rabínica: «Cuando el Faraón y su ejército fueron sepultados por las aguas, los ángeles en el cielo entonaron canciones. Pero el Altísimo -¡Bendito sea su santo Nombre!- les mandó callar y les dijo: “¿Cómo rompéis a cantar cuando unas criaturas de mis manos perecen en el mar?”».

Anunciamos también al que es la Palabra de Vida, o la Palabra en que había vida, o la Vida que se manifestó. En sus palabras había vida, por sus signos rescataba a gente del pueblo de tantas muertes parciales y reanimaba órganos necrosados, con su práctica rehabilitadora recuperaba para un futuro de dignidad al publicano Zaqueo, o a la pecadora que besó y lavó sus pies en casa del fariseo Simón. Es que era el médico de los cuerpos y de las almas. Anunciamos al que amó tanto que entregó su vida, al que murió y resucitó y ya no muere más, constituido en la piedra viva y angular del mundo nuevo. Él es la vid y nosotros sarmientos suyos. Sólo entroncados en él podemos subsistir. Su cruz es el árbol de la vida y de su costado manaron sangre y agua, símbolo de los sacramentos de la vida nueva.”La tierra, el mar, los astros y el mundo se lavan en este río”. Fórmulas magníficas en primera persona como “Yo soy el pan de vida” (Jn 6), “Yo he venido para que tengan vida” (Jn 10,10), “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6), “Yo soy la Resurrección y la Vida” (Jn 11,25) revelan, en un solo fogonazo, la identidad y significación de Jesús. Él es motivo central de nuestro mensaje cuando anunciamos la “vida eterna” (1 Jn 1,2c). De Él, el gran signo dado por Dios, se afirma redondamente: “La Vida se manifestó” (1 Jn 1,2a).

Y del Espíritu Santo decimos que es Señor y dador de vida. Lo envía Dios, y todo se recrea; lo manda, y se renueva la faz de la tierra. El Espíritu suspendido sobre las aguas del abismo, incubaba un mundo habitable por innumerables formas de seres animados. El Espíritu de Dios agitaría quizá las hordas de profetas. Él dilataba el

campo de la conciencia y suscitaba formas nuevas de profecía, sueños y visiones, palabras y acciones, que serían vehículo de los mensajes de Dios. Estaba presente en los líderes de la comunidad de Israel para renovar al pueblo y sacarlo de su rendida entrega a ídolos de muerte e injusticia. El Espíritu de Dios cubre a María con su sombra y lo que nacerá de ella santo se llamará Hijo de Dios. Este Espíritu se posará sobre Jesús en el bautismo y lo arrastrará con suavidad y fuerza al desierto y a la misión. El Espíritu Santo es exhalado por el Señor Resucitado sobre los discípulos y los convierte en servidores de la paz y la reconciliación. Bautizados con agua y Espíritu Santo somos convertidos en criaturas nuevas y tenemos parte en la vida misma de Dios. El Espíritu es quien impulsa a la misión. Él hace brotar en las comunidades variedad de carismas y ministerios que expresan riqueza vital y promueven la intensa vitalidad de las Iglesias. Y Él derrama el amor, que es el don más grande, el más poderoso, creativo y regenerador, el más inventivo y dinámico, el más consistente e imperecedero.

Gloria Dei vivens homo, vita autem hominis visio Dei. Estas palabras de Ireneo recogen con acierto el pensamiento del cuarto evangelio. La vida, o la vida eterna, que Jesús trae consiste en que conozcamos al Padre y a su enviado. Esta vida eterna que se nos da y que anunciamos estriba en un conocimiento, no teórico y especulativo, sino, dicho con palabras de Zubiri, en un “conocimiento intimante”: el conocimiento de una amistad, la intimidad de una persona. «Y esta donación intimante de Dios como verdad real es principio de vida [...]. A la revelación le es intrínsecamente necesario [...] el ser principio de vida. Lo demás es especulación» (Zubiri, *El problema teológico del hombre. Cristianismo*, p. 455).

Nuestra palabra se ordena al nacimiento y crecimiento de la fe, entre cuyos destinatarios figuran las personas desencantadas de la Iglesia o que se consideran increyentes (PTV 68.2). Nuestra palabra ha de fomentar esa gran estrategia de la vida que es la esperanza, pues proclama el destino último del vivir humano (PTV 14).

6.5 EL DIOS QUE CELEBRAMOS Y AL QUE SERVIMOS

El ministerio de la Iglesia se despliega en el anuncio, pero también en la liturgia. Los sacramentos que celebramos son, como hemos dicho, sacramentos de la vida nueva. Esta vida nueva, nace y crece en los sacramentos de la iniciación, se alimenta con el pan de vida, es reconciliada y sanada en la penitencia, es “ungida con el óleo de la salud” en el sacramento de los enfermos, es promovida a través de los sacramentos de vocación. Sacramentos de iniciación en la vida nueva, sacramentos de sanación y sacramentos de vocación o servicio están particularmente ordenados al nacimiento, desarrollo, cuidado y fomento de la vida (PTV 15).

Así, pertenece a la esencia y validez del matrimonio cristiano la voluntad de fecundidad, y el abrazo conyugal ha de estar abierta a la vida. Es una especie de “ministerio” en que se colabora con el Dios de la vida cumpliendo el primer mandato que aparece en el Génesis. Habrá, sí, concepciones laicas y formas de pareja que excluyen de antemano esta dimensión. Son ajenas a la perspectiva cristiana. El matrimonio entre creyentes ha de ser signo de la fecundidad de la Iglesia. Y ahí es donde entra el sacramento vocacional del orden, con sus prácticas simbólicas que introducen en la comunión con el Cristo pascual, generan y regeneran la vida nueva y suscitan una dinámica de entrega a impulsos de la unión con quien se desvivió por nosotros.

El Dios en quien creemos es, primero, el Creador por cuya palabra y aliento pulula toda clase de vivientes en esta tierra. Él es, luego, el Santo que justifica al impío, lo traslada de las tinieblas de la muerte a su luz admirable, arranca de él el corazón de piedra y coloca en sus entrañas un corazón de carne palpitante. Él es, en fin, el que resucita a los muertos para vida eterna. El es así la Vida de nuestra vida.

La creación se ordena a la redención, y ésta a la reconciliación y la consumación en la vida glorificada cabe Dios. No podemos ser amigos de la redención si somos enemigos de la creación, o indiferentes a su suerte. De ahí que también nosotros, incluso por nuestra condición creyente, religiosa y ministerial, estemos llamados al

cuidado de la vida. Dirá el Capítulo General: «Como servidores de la Palabra en toda su amplitud, el compromiso con la Justicia, la Paz y la Integridad de la Creación no es para nosotros un consejo discrecional. Es un genuino deber y también un derecho fundamental de todo creyente (cf CIC 222) que nos obliga específicamente a nosotros como religiosos y ministros ordenados (cf CIC 287, 672)» (PTV 13).

Esperamos que, de crearse, la Comisión Generalicia auspiciada por el Capítulo determine más en concreto de qué modo podemos colaborar con personas, grupos y asociaciones que trabajan por la vida en todas sus etapas y en todas sus formas (cf. PTV 12). Y habremos de seguir preguntándonos cómo podemos sentir y practicar la solidaridad con los pobres, los excluidos y los amenazados en su derecho a la vida, lo que es “parte esencial de nuestra fe en Jesús y de la dimensión profética de nuestra vida misionera” (PTV 39; cf. 40). Así no nos confundirán con *Medicus mundi*, ni con ADENA, pero podrán advertir cómo existen vínculos estrechos entre nuestro objetivo y el de esas otras instituciones, por no referirnos a los Camilos y al franciscanismo. No que tengamos que hacerlo todo. También nosotros podemos acogernos al lema “piensa globalmente, actúa localmente”, del que cabe proponer otras versiones: “piensa globalmente, actúa específica y determinadamente”. Pero habrá que evitar que el trabajo determinado y específico degenera en burocracia en que todo el mundo remite a otra ventanilla los problemas candentes e incómodos⁸.

6.6 TAREAS AL SERVICIO DE LA VIDA

Existen algunos verbos que señalan las actividades que ha de desarrollar quien quiere ser servidor de la vida:

1. *Comprender y apreciar la vida*. Es difícil que la apreciemos si pensamos con Hobbes, en el *Leviatán*, que la vida del hombre es «solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta». Quizá sintonicemos más con lo que afirmaba Alejandro Dumas: «La vida es fascinante: sólo hay que mirarla a través de las gafas correctas». Y

⁸ Entre las formas de *diakonía* puede figurar la del diálogo interreligioso. Cf. H.J. POTTMEYER, *die Kirche - Sakrament des Heils für alle Menschen*, en “Seminarium” 38 (1998) 823s.

necesitamos corregir todo lo que tiene de brutal y parcial una frase de Nietzsche, a la que no le falta base empírica: «La vida –decía- consiste *esencialmente* en apropiación, agresión, violación de lo extraño y de lo más débil, domesticación o, al menos, explotación»⁹. Si lo que afirma este último filósofo fuera toda la verdad y nada más que la verdad, muy a duras penas podríamos asumir las prácticas que nos propone el Capítulo.

2. *Apasionarse por la vida*. Quien se apasiona por ella podrá luego emprender prácticas apropiadas. Sólo si sentimos esa pasión podemos entregarnos a implicarnos en las buenas causas a favor de la vida.

3. *Disfrutar la vida y celebrarla como don de Dios* (PTV 14). Sabedores de su fuente, conocedores de su valor, hemos de aprender a vivirla como el bien radical y precioso que es. No nos suceda lo que parece que decía Cicerón: “No hay cosa que los humanos traten de conservar tanto, ni que administren tan mal, como su propia vida”.

⁹ Fr. Nietzsche, *Jenseits von Gut und Böse*, & 259. Citado por A. González, *Teología de la praxis evangélica*, Santander, Sal Terrae, 1999, 169.

4. *Defender la vida y luchar por ella, denunciar las amenazas contra ella comprometernos por el derecho a la vida*, que es el primero de los derechos. Esto pide que no permanezcamos indiferentes ante los atentados que se cometen contra ella en sus distintos órdenes, especialmente en el orden humano. A ellos hace referencia todo el nº 6 de la Declaración.

5. *Proclamar la vida, anunciar el evangelio de la vida*. Esto, en la verdad más profunda, cuyo anuncio se nos ha confiado a los misioneros. El prólogo o introducción de la primera carta de Juan es el texto programático de una verdadera proclamación del que es la Vida. Mostremos también el sentido de la vida, pues, según se nos dice, “en la raíz de todos” los fenómenos de una cultura de la muerte “se halla la pérdida del sentido de la vida y el desprecio a la persona” (PTV 8). Según esto, Einstein se habría quedado corto cuando dijo que quien crea que su propia vida y la de sus semejantes está privada de significado, no sólo es infeliz, sino apenas capaz de vivir. Hay que ofrecer un *horizonte de esperanza* a los que creen que la vida humana no tiene ningún sentido (cf. PTV 12).

6. *Cultivar la vida, fomentar una “cultura de la vida”, desarrollar y hacer crecer la vida*. Esa capacidad de crecimiento es parte de su verdad y su misterio: a partir de semillas diminutas se lanza lo viviente a su mayor pujanza y estatura. En nuestros colegios podría cobrar este lema traducciones estimulantes.

7. *Realizar la “profecía de la vida ordinaria”*. Porque esa es la mejor profecía de la vida: la que se hace cada día con la propia vida. No sólo en las grandes fiestas y los momentos estelares; también en las ferias menores y los crepúsculos vespertinos.

8. *Entregar la vida*. Hace tres años escasos hicieron una entrevista al abbé Pierre. En ella se le preguntaba: «¿Cuál es su testamento para el Tercer Milenio?». Y respondía él: «Lo digo así: la vida es un trozo de tiempo concedido a la libertad para aprender a amar, es decir, a situar al otro. Si tú eres feliz, también yo lo soy. Si sufres, comparto tu sufrimiento y pongo todas mis fuerzas junto a las tuyas para amar y curar, junto a tu mal que se ha convertido también en el mío, tu sufrimiento que he llegado a compartir. Aquí se encuentra la esencia de todo lo que puede [¿se puede?, ¿puedo?] decir y de lo poco que yo sé»¹⁰.

¹⁰ ABBÉ PIERRE, declaraciones en *Avvenire*, publicadas también en LA RAZÓN, miércoles 14-III-2001, p. 32.

Estoy de acuerdo con Víctor Codina, sj., cuando escribe: “En el lema de la Conferencia de Aparecida se dice para que nuestros pueblos en Él tengan vida: debería ser punto de arranque y la finalidad última de la V Asamblea. Habría que partir preguntando qué amenaza la vida del pueblo y qué síntomas de vida nueva se descubren en él. En función de esto están el discipulado y la misión. No se puede hablar de vida eterna sin partir de la vida real concreta del pueblo. Jesús antes de hablar del pan que da vida eterna, multiplicó los panes para que la muchedumbre no muriera de hambre (Jn 6). La gloria de Dios comienza con el respeto a la vida humana (Irineo), sobre todo de los pobres (Mons. Romero). El Dios de la vida se manifiesta en primer lugar liberando de las situaciones de muerte. La Iglesia de América Latina y el Caribe no puede dejar de escuchar las miles de voces venidas de todo el mundo que se alzan clamando que *otro mundo es posible*. [...]. La Iglesia Latinoamericana en el V Asamblea tiene que demostrar que está empeñada en la construcción de este otro mundo posible en el que haya vida en abundancia para los pueblos, y para ello quiere trabajar para que otra forma de Iglesia sea posible y otra vida religiosa sea posible en América Latina. El Espíritu del Resucitado nos invita a no tener miedo a acoger la vida, defenderla y llevarla a plenitud en Cristo”¹¹.

7. Documento final

Terminó la V Conferencia de Bien Aparecida. Días intensos de encuentros, discursos, documentos [...] Mucha jerarquía y el Espíritu Santo queriendo “entrar” y “soplar”. ¿Cayeron “lenguas como de fuego”? Por los frutos se sabrá. Lo cierto es que el 31 de mayo se concluía con un llamamiento a la “conversión pastoral”. El Documento final se daría a conocer en los meses de julio o agosto. Al escribir estas páginas no se puede decir nada de su contenido y de las referencias a la vida consagrada. A esperar. Sólo se sabe que siete serán los puntos temáticos de tal Documento.

¹¹ En la revista *Testimonio* 216 (2006) 28-37.

El primer tema será *“El hoy de América Latina y el Caribe”*, en el que se afrontará el cambio de época; la situación sociocultural; el daño ecológico; la economía y globalización; la situación política; las culturas indígenas y afro descendientes; la Iglesia en este tiempo.

El segundo argumento, *“La alegría de ser discípulos y misioneros de Jesucristo”*. En este apartado se afrontarán temas como: la iniciativa de Dios Padre; el Don de Jesucristo; la fraternidad humana; el destino universal de los bienes; la creación y responsabilidad ecológica; el don de la Palabra; la dignidad humana; la familia; la vida y la esperanza.

El tercer tema, *“Nuestra vocación de discípulos y misioneros”* implicará estos argumentos: la vocación a la santidad; Cristo viene a nuestro encuentro; la configuración con Él; asumir la cruz y seguimiento; el anuncio del Reino; las diversas vocaciones.

El cuarto tema hablará de *“La comunidad de los discípulos misioneros de Jesucristo”*, haciendo una llamada a la comunión. Afrontará este desafío a la luz de la comunión en la Santísima Trinidad presentando a la Iglesia como “escuela y casa de comunión”. Afrontará de este modo cuestiones como los dones, ministerios y carismas; los lugares y las estructuras de comunión; la religiosidad popular; el diálogo ecuménico e interreligioso; la comunión de los santos.

“El itinerario de los discípulos misioneros” será el quinto tema en el que se tocarán estos argumentos: la espiritualidad trinitaria; Cristo camino, verdad y vida; docilidad al Espíritu Santo; lugares y momentos de encuentro con Jesucristo; la espiritualidad y la vivencia de la justicia; la Virgen María y los santos; la formación de los discípulos; la catequesis; el acompañamiento espiritual; la educación católica; los seminarios; la formación permanente; los movimientos eclesiales.

El sexto tema será *“La misión de los discípulos misioneros”*, en el que se pretenderá profundizar en “la vida nueva en Cristo” y presentar “la misión continental”. En este contexto tocará desafíos como la familia; la vida desvalida y amenazada; los jóvenes; la

justicia; el cuidado de la creación; los medios de comunicación social; los pobres y excluidos.

El séptimo y último argumento se titulará “*Conversión pastoral y diversas áreas de tarea pastoral*”. En particular, hablará de las estructuras eclesiales; los planes pastorales; la misión ad gentes; la pastoral de la cultura; la pastoral urbana y las universidades católicas.

El Índice General del Documento Final, todavía no oficial hasta que sea aprobado por la Santa Sede, es el siguiente:

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE: LA VIDA DE NUESTROS PUEBLOS HOY

CAPÍTULO 1: LOS DISCÍPULOS MISIONEROS

- 1.1 Acción de gracias a Dios
- 1.2 La alegría de ser discípulos y misioneros de Jesucristo
- 1.3 La misión de la Iglesia es evangelizar

CAPÍTULO 2: MIRADA DE LOS DISCÍPULOS MISIONEROS SOBRE LA REALIDAD

- 2.1 La realidad que nos interpela como discípulos y misioneros
 - 2.1.1 Situación sociocultural
 - 2.1.2 Situación económica
 - 2.1.3 Dimensión socio-política
 - 2.1.4 Biodiversidad, ecología, Amazona y Antártida
 - 2.1.5 Presencia de los pueblos indígenas y afroamericanos en la Iglesia
- 2.2 Situación de nuestra Iglesia en esta hora histórica de desafíos

SEGUNDA PARTE: LA VIDA DE JESUCRISTO EN LOS DISCÍPULOS MISIONEROS

CAPÍTULO 3: LA ALEGRÍA DE SER DISCÍPULOS MISIONEROS PARA ANUNCIAR EL EVANGELIO DE JESUCRISTO

- 3.1 La buena nueva de la dignidad humana
- 3.2 La buena nueva de la vida
- 3.3 La buena nueva de la familia
- 3.4 La buena nueva de la actividad humana:
 - 3.4.1 El trabajo
 - 3.4.2 La ciencia y la tecnología
- 3.5 La buena nueva del destino universal de los bienes y ecología
- 3.6 El continente de la esperanza y del amor

CAPÍTULO 4: LA VOCACIÓN DE LOS DISCÍPULOS MISIONEROS A LA SANTIDAD

- 4.1 Llamados al seguimiento de Jesucristo
- 4.2 Configurados con el Maestro
- 4.3 Enviados a anunciar el Evangelio del Reino de vida
- 4.4 Animados por el Espíritu Santo

CAPÍTULO 5: LA COMUNIÓN DE LOS DISCÍPULOS MISIONEROS EN LA IGLESIA

- 5.1 Llamados a vivir en comunión
- 5.2 Lugares eclesiales para la comunión
 - 5.2.1 La diócesis, lugar privilegiado de la comunión
 - 5.2.2 La parroquia, comunidad de comunidades
 - 5.2.3 Comunidades Eclesiales de Base y pequeñas comunidades
 - 5.2.4 Las Conferencias Episcopales y la comunión entre las Iglesias
- 5.3 Discípulos misioneros con vocaciones específicas
 - 5.3.1 Los obispos, discípulos misioneros de Jesús Sumo Sacerdote
 - 5.3.2 Los presbíteros, discípulos misioneros de Jesús Buen Pastor
 - 5.3.2.1 Identidad y misión de los presbíteros
 - 5.3.2.2 Los párrocos, animadores de una comunidad de discípulos misioneros
 - 5.3.3 Los diáconos permanentes, discípulos misioneros de Jesús Servidor
 - 5.3.4 Los fieles laicos y laicas, discípulos y misioneros de Jesús Luz del mundo
 - 5.3.5 Los consagrados y consagradas, discípulos misioneros de Jesús Testigo del Padre
- 5.4 Los que han dejado la Iglesia para unirse a otros grupos religiosos
- 5.5 Diálogo ecuménico e interreligioso
 - 5.5.1 Diálogo ecuménico para que el mundo crea
 - 5.5.2 Relación con el judaísmo y diálogo interreligioso

CAPÍTULO 6: EL ITINERARIO FORMATIVO DE LOS DISCÍPULOS MISIONEROS

- 6.1 Una espiritualidad trinitaria del encuentro con Jesucristo
 - 6.1.1 El encuentro con Jesucristo
 - 6.1.2 Lugares de encuentro con Jesucristo
 - 6.1.3 Una espiritualidad de la acción misionera
 - 6.1.4 La piedad popular como espacio de encuentro con Cristo
 - 6.1.5 María, discípula y misionera
 - 6.1.6 Los apóstoles y los santos
- 6.2 El proceso de formación de los discípulos misioneros
 - 6.2.1 Aspectos del proceso
 - 6.2.2 Criterios generales
 - 6.2.2.1 Una formación integral, kerygmática y permanente
 - 6.2.2.2 Una formación atenta a dimensiones diversas
 - 6.2.2.3 Una formación respetuosa de los procesos
 - 6.2.2.4 Una formación que contempla el acompañamiento de los discípulos
- 6.3 Iniciación a la vida cristiana y catequesis permanente
 - 6.3.1 Iniciación a la vida cristiana
 - 6.3.2 Propuestas para la iniciación cristiana
 - 6.3.3 Catequesis permanente

- 6.4 Lugares de formación para los discípulos misioneros
 - 6.4.1 La Familia, primera escuela de la fe
 - 6.4.2 Las Parroquias
 - 6.4.3 Pequeñas comunidades eclesiales
 - 6.4.4 Los movimientos eclesiales y nuevas comunidades
 - 6.4.5 Los Seminarios y casas de formación religiosa
 - 6.4.6 La Educación Católica
 - 6.4.6.1 Los centros educativos católicos
 - 6.4.6.2 Las universidades y centros superiores de educación católica

TERCERA PARTE

LA VIDA DE JESUCRISTO PARA NUESTROS PUEBLOS

CAPÍTULO 7: LA MISIÓN DE LOS DISCÍPULOS AL SERVICIO DE LA VIDA PLENA

- 7.1 Vivir y comunicar la vida nueva en Cristo a nuestros pueblos
 - 7.1.1 Jesús al servicio de la vida
 - 7.1.2 Variadas dimensiones de la vida en Cristo
 - 7.1.3 Al servicio de una vida plena para todos
 - 7.1.4 Una misión para comunicar vida
- 7.2 Conversión pastoral y renovación misionera de las comunidades
- 7.3 Nuestro compromiso con la misión *ad gentes*

CAPÍTULO 8: REINO DE DIOS Y PROMOCIÓN DE LA DIGNIDAD HUMANA

- 8.1 Reino de Dios, justicia social y caridad cristiana
- 8.2 La dignidad humana
- 8.3 La opción preferencial por los pobres y excluidos
- 8.4 Una renovada pastoral social para la promoción humana integral
- 8.5 Globalización de la solidaridad y justicia internacional
- 8.6 Algunos rostros sufrientes que nos duelen
 - 8.6.1 Personas que viven en la calle en las grandes urbes
 - 8.6.2 Enfermos
 - 8.6.3 Adictos dependientes
 - 8.6.4 Migrantes
 - 8.6.5 Presos

CAPÍTULO 9: FAMILIA, PERSONAS Y VIDA

- 9.1 El matrimonio y la familia
- 9.2 Los niños
- 9.3 Los jóvenes
- 9.4 El bien de los adultos mayores
- 9.5 La dignidad y participación de las mujeres
- 9.6 La responsabilidad del varón y padre de familia
- 9.7 La cultura de la vida y su defensa
- 9.8 El cuidado del medio ambiente

CAPÍTULO 10: NUESTROS PUEBLOS Y LA CULTURA

- 10.1 La cultura y su evangelización
- 10.2 La educación como bien público

- 10.3 Pastoral de la Comunicación Social
- 10.4 Nuevos areópagos y centros de decisión
- 10.5 Discípulos y misioneros en la vida pública
- 10.6 La Pastoral Urbana
- 10.7 Al servicio de la unidad y de la fraternidad de nuestros pueblos
- 10.8 La integración de los indígenas y afrodescendientes
- 10.9 Caminos de reconciliación y solidaridad

CONCLUSION

Como se puede ver, la referencia a la vida consagrada se encuentra en la segunda parte, capítulo V, números 232-240. Se trata de un texto propositivo, doctrinalmente rico y en sintonía con la reflexión teológica de estos últimos años. Asimismo, bien contextualizado en la realidad latinoamericana y en prospectiva profético-mística. Dice así:

5.3.5 Los consagrados y consagradas, discípulos misioneros de Jesús Testigo del Padre

232. La vida consagrada es un don del Padre por medio del Espíritu a su Iglesia¹², y constituye un elemento decisivo para su misión¹³. Se expresa en la vida monástica, contemplativa y activa, los institutos seculares, las sociedades de vida apostólica y otras nuevas formas. Es un camino de especial seguimiento de Cristo, para dedicarse a él con un corazón indiviso, y ponerse, como Él, al servicio de Dios y de la humanidad, asumiendo la forma de vida que Cristo escogió para venir a este mundo: una vida virginal, pobre y obediente¹⁴.

233. En comunión con los Pastores, los consagrados y consagradas son llamados a hacer de sus lugares de presencia, de su vida comunitaria y de sus obras, espacios de anuncio explícito del Evangelio, principalmente a los más pobres, como lo han hecho en nuestro continente desde el inicio de la evangelización. De este modo colaboran, según sus carismas fundacionales con la gestación de una nueva generación de cristianos discípulos y misioneros y de una sociedad en la que se respete la justicia y la dignidad de la persona humana.

¹² VC 1

¹³ Ibid 3

¹⁴ Ibid 14, 16 y 18

234. Desde su ser, la vida consagrada está llamada a ser experta en comunión, tanto al interior de la Iglesia como de la sociedad. Su vida y su misión deben estar insertas en la Iglesia particular y en comunión con el Obispo. Para ello, es necesario crear cauces comunes e iniciativas de colaboración, que lleven a un conocimiento y valoración mutuos y a un compartir la misión con todos los llamados a seguir a Jesús.

235. En un continente en el cual se manifiestan serias tendencias de secularización, la vida consagrada está llamada a dar testimonio de la absoluta primacía de Dios y de su Reino. Ella se convierte en testigo del Dios de la vida en una realidad que relativiza su valor (obediencia), es testigo de libertad frente al mercado y a las riquezas que valoran a las personas por el tener (pobreza), y es testigo de una entrega en el amor radical y libre a Dios y a la humanidad frente a la erotización y banalización de las relaciones (castidad).

236. En la actualidad de América Latina y el Caribe, la vida consagrada está llamada a ser una *vida discipular*, apasionada por Jesús-camino al Padre misericordioso, por lo mismo, de carácter profundamente mística y comunitaria. Está llamada a ser una *vida misionera*, apasionada por el anuncio de Jesús-verdad del Padre, por lo mismo, radicalmente profética, capaz de mostrar a la luz de Cristo las sombras del mundo actual y los senderos de vida nueva, para lo que se requiere un profetismo que aspire hasta la entrega de la vida en continuidad con la tradición de santidad y martirio de tantas y tantos consagrados a lo largo de la historia del continente. Y al servicio del mundo, apasionada por Jesús-vida del Padre, que se hace presente en los más pequeños y en los últimos a quienes sirve desde el propio carisma y espiritualidad.

237. De manera especial, América Latina y el Caribe necesitan de la vida contemplativa, testigo de que sólo Dios basta para llenar la vida de sentido y de gozo. “En un mundo que va perdiendo el sentido de lo divino, ante la supervaloración de lo material, ustedes queridas religiosas, comprometidas desde sus claustros en ser testigos de unos valores por los que viven, sean testigos del Señor para el mundo de hoy, infundan con su oración un nuevo soplo de vida en la Iglesia y en el hombre actual”¹⁵.

238. El Espíritu Santo sigue suscitando nuevas formas de vida consagrada en la Iglesia, los cuales necesitan ser acogidos y acompañados en su crecimiento y desarrollo en el

¹⁵ Juan Pablo II, Discurso a las religiosas contemplativas en México, enero 1979

interior de las Iglesias locales. El Obispo ha de hacer un discernimiento serio y ponderado sobre su sentido, necesidad y autenticidad.

239. Las Confederaciones de Institutos Seculares (CISAL) y de religiosas y religiosos (CLAR) y sus Conferencias Nacionales son estructuras de servicio y de animación que, en mutua relación con los Pastores, en comunión y diálogo fecundo y amistoso¹⁶, están llamadas a estimular a sus miembros a realizar la misión como discípulos y misioneros al servicio de Reino de Dios.

240. Los pueblos latinoamericanos y caribeños esperan mucho de la vida consagrada, especialmente del testimonio y aporte de las religiosas contemplativas y de vida apostólica que, junto a los demás hermanos religiosos, miembros de Institutos Seculares y Sociedades de Vida Apostólica, muestran el rostro materno de la Iglesia. Su anhelo de escucha, acogida y servicio, y su testimonio de los valores alternativos del Reino, transformado en Cristo, el Señor, es posible¹⁷.

La vida consagrada *“se convierte en testigo del Dios de la vida”*, se dice en el Documento final. Pues bien. Presento a continuación unas pistas de reflexión para poner en movimiento procesos que estimulen la ministerialidad de la vida. Muchos otros aspectos se pueden considerar, como consagrados y consagradas abiertos a la eclesialidad de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano, sin embargo, mi intención es detenerme en una parte del tema central de la Conferencia: *“PARA QUE NUESTROS PUEBLOS EN ÉL TENGAN VIDA”*.

¹⁶ Cf. PC 23 y CIC 708

¹⁷ Cf. DI 5